

El EXPLORADOR PERDIDO

EDICIONES BISTAGNE
250
SERIE TRIUNFO



Spencer
TRACY
NANCY KELLY
RICHARD GREENE

EL EXPLORADOR PERDIDO

EDICIONES BISTAGNE

**EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS**

Paseo de la Paz, 10 bis - Teléfono 18841 - Barcelona

EL EXPLORADOR PERDIDO

Magnífico asunto, basado en la vida de los célebres
«Stanley y Livingstone»

Dirección de

HENRY KING

Es un film

20th CENTURY FOX

Distribuido por

HISPANO FOX FILM. S. A. E.

Valencia, 280

BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES:

Spencer Tracy
Nancy Kelly
Richard Greene

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

VDA. J. FERRER COLL - VALENCIA, 197. BARCELONA

El explorador perdido

Argumento de la película

En el ajetreo diario de la redacción no cabía un momento de reposo. Era el periódico más importante de los Estados Unidos, por lo menos el que se jactaba de publicar los reportajes más emocionantes y más sensacionales. Durante el día la redacción era un hormigüeo de gente que entraba y salía en un constante vaivén de noticias. Por la noche las máquinas funcionaban a toda velocidad imprimiendo los millares de ejemplares que luego se esparcían por toda la vasta extensión del territorio Norteamericano.

Bennet se había reunido en su despacho con aquella comisión de

caballeros que venía a proponerle la venta de su periódico, y les hablaba con vehemencia, después de haber escuchado sus proposiciones:

—Atiendan un momento, señores. Les he escuchado con mucha paciencia. Al parecer no les agrada mi modo de llevar el periódico, ¿verdad? ¡Pero el periódico es mío y lo hago como mejor me parece! Tengo en proyecto que el "Heraldo" publique al minuto las noticias más sensacionales. En cuanto a su información, señor senador, pienso seguir comunicando al público cuantos escándalos financieros ocurrán. Cuanto más importante sea la

estafa, mayor publicidad... Y además, señores míos, voy a continuar creando noticias mientras mis competidores esperan tranquilamente a que ocurran... ¿Me han entendido?

Se detuvo un momento, cambió de actitud y de tono, y siguió diciendo mientras paseaba su mirada penetrante y firme por todos sus oyentes:

—Ahora supongo que otros asuntos les habrán traído a ustedes aquí. Quieren comprar mi periódico, ¿no es así?

—Sí... Eso es, sobre más o menos, lo que pensábamos discutir con usted — dijo uno de los de la comisión.

—Así es que si usted nos indica el precio del diario... — insinuó otro.

—Un centavo, señores... y cinco centavos los domingos — replicó Bennet, poniéndose en pie como para dar por terminada la entrevista y preguntando a uno de los jefes de redacción que acababa de entrar en su despacho:

—¿Qué hay, Alberto?

—El señor Stanley ha llegado.

—Bien, que pase ahora mismo.

Los caballeros se retiraron un poco desconcertados y se cruzaron con Stanley que atravesaba la gran sala del periódico, saludado cari-

nosa y familiarmente por todos, acosado a preguntas por todos, como si fuera un héroe de leyenda. Sonreía Stanley a cuantos le hablaban y les contestaba concisamente a sus preguntas, embromando a la mayoría de ellos por la ingenuidad con que las formulaban, y, al llegar a la puerta del despacho de Bennet, dijo a un hombre que le acompañaba:

—Quédate aquí. Este muchacho te atenderá... Mira, te presento a Jeff Slocum, el mejor explorador de todo el territorio — añadió, dirigiéndose a uno de los "boys" de la redacción que estaba muy interesado por las excursiones de Stanley y que venía pisándole los talones desde su entrada hasta llegar ante la puerta del despacho de Bennet que era como una barrera inexpugnable para el muchacho. Atiéndele mientras me espera y no hagas mucho caso de lo que te cuente.

Stanley entró en el despacho de Bennet y se saludaron cordialmente, a tiempo que salía la comisión que había venido con la pretensión de comprar el "Heraldo".

—Son otros delegados de Boss Tuwedd que quieren adueñarse del periódico — explicó Bennet a Stanley, contestando a una mirada interrogadora de éste.

—¿Cuándo vamos a hacer un reportaje de Tuwedd y de toda su pandilla? Al público le divertiría — sugirió Stanley, sentándose en una butaca con aire indiferente y un poco fatigado.

Bennet se puso a repasar las notas que Stanley le había entregado, sin contestar a su pregunta, y tras un breve silencio, inquirió:

—¿Cómo es que sigue figurando ese Slocum en su nota de gastos?

—Me curó durante dos meses como una madre a sus hijos. Le prometí un viaje a Nueva York si salíamos sin perder el cabello de aquella aventura al explorar el territorio ocupado por los indios... Usted verá...

—Está bien... está bien... Me alegra de que esté usted vivo — aseguró Bennet.

—Más que yo? — inquirió Stanley con un poquitín de ironía.

—Tome un cigarro — ofreció Bennet, abriendo la gran caja de puros que tenía sobre la mesa.

—Gracias — contestó Stanley, escogiendo el mejor con una rápida mirada de perfecto conocedor del material.

Bennet se paseó un momento en silencio a lo largo del despacho y preguntó, así, de pasada, como si sólo tratara de insinuar una cosa que no le interesara mucho:

—Stanley... ¿ha oido usted hablar alguna vez de Livingstone?

—¿Livingstone...? ¿Una nueva marca de jabón de afeitar?

—No, no, me refiero al doctor Livingstone, al misionero, al explorador...

—¡Ah... ya! El doctor Livingstone... Sí. Pues algo de él he leído en un periódico inglés... Sí, ahora recuerdo, en "El Globo".

—Lea esto. Acaba de llegar por cable — dijo Bennet, entregando un despacho a Stanley.

Stanley leyó con calma:

"De Londres comunican que la expedición para la busca del doctor Livingstone ha regresado a Zanzíbar desde el interior de África. El señor Garthe Tyce, jefe de la misma, e hijo del director de "El Globo" que la patrocinaba, está enfermo de malaria. La expedición, sin embargo, ha obtenido pruebas positivas de que el doctor Livingstone ya no existe".

—El pobre acabó ya sus viajes — murmuró Stanley, por todo comentario a aquel despacho cablegráfico.

—Si se demostrara que Tyce se equivoca respecto a la suerte que haya podido correr el doctor Livingstone... todo el mundo se reiría de su periódico de un extremo a otro de Londres... ¿No lo cree

usted así, Stanley?... Pues bien, prepárese usted... va a ir a África.

—¿Qué...? — inquirió Stanley, masticando su puro y mirando extrañado a Bennet.

—Le daría un patatús a ese Tyce si lo consiguiera — argumentó Bennet pensando en que su mayor enemigo era "El Globo", de Londres, y, consiguientemente, su director el señor Tyce.

—Oiga... un momento... un momento... — murmuró Stanley. — ¿Y para que a Tyce le dé el patatús, qué tengo que hacer yo?

—Encontrar a Livingstone.

—¡Ya!... ¿Nada más?

—¿Es que tiene usted miedo? — preguntó Bennet mirando fijamente a Stanley.

—No, señor Bennet... pero yo tengo que cuidar mi reputación... ¿De qué comeré, si no? Suponga que ese explorador esté vivo y que lo encuentre. ¿Les interesaría a nuestros lectores esa historia?

—¿Cree usted que sin estar seguro de que el asunto es interesante le voy a mandar a África? — preguntó Bennet, comenzando a exaltarse.

—Por burlarse de Tyce usted me enviaría a... a cualquier parte — dijo Stanley, que conocía bien la rivalidad existente entre los dos periódicos.

—No, no, no, no... Deje en paz a Tyce... ¿Qué me importa a mí de él? Es el asunto lo que me interesa — insistió Bennet.

—Aunque así sea. Hay muy poca gente que se preocupe de Livingstone — aseguró Stanley.

Bennet guardó silencio un instante y luego, enfrentándose con su principal redactor, le dijo, poniendo mucho fuego en sus palabras:

—Hay mucha más de lo que usted cree... Cristianos que desean que la palabra de Dios se escuche entre los infieles... Enemigos de la esclavitud que saben la lucha magnífica que el doctor libra contra los traficantes de esclavos... Y muchos millones de personas de buenos sentimientos a quienes entusiasman las aventuras de esas heroicas figuras que son los descubridores de continentes... a todos les interesa Livingstone. Livingstone es un gran aventurero... una gran figura... Venga usted, voy a enseñarle una cosa...

Se dirigió hacia una gran carta geográfica de África y señaló toda la parte en la que la huella del hombre blanco y civilizado no había penetrado aún, toda la parte inexplicada del inmenso continente, y siguió hablando con verdadero apasionamiento:

—Vea... el continente negro, misterioso, calor, fiebre, caníbales, selvas inmensas en las que podría perderse media América... Una tierra en la que ni los grandes conquistadores osaron penetrar: Alejandro, César, los Faraones de Egipto... ninguno de ellos tuvo la osadía de adentrarse por las selvas salvajes del interior africano, sin cambios, sin alteraciones desde la aurora de la historia... Y ahí, en cualquier lugar perdido, hay un gran hombre, un anciano filántropo, que ha dedicado su vida a llevar luz a esa oscuridad... Ahí tiene usted un asunto muy interesante para un gran reportaje... Pero usted no lo cree así... claro... La empresa es peligrosa, de modo que será mejor no hablar más de ello. Venga aquí. Dijo usted que le gustaría escribir algo... sobre Twedd... He visto en un semanario la firma de Tomás Nast al pie de unos dibujos sensacionales de Twedd... ¿por qué no se pone al habla con él?

Stanley se había quedado pensativo, como si las palabras de Bennet hubieran despertado en él todo un mundo nuevo de horizontes inagotables, y preguntó, sin haber prestado atención a sus últimas palabras:

—¿Cuál fué el último sitio donde se le vió?

—¿A Twedd?

—No; a Livingstone.

—¡Ah!... Pues... en el lago de Tanganyka, según creo — replicó Bennet distraídamente. Y añadió, refiriéndose al otro asunto que proponía a su redactor: Si busca a Nast le hallará en Harper.

—¿Cuánto tiempo tardaría en ir allá y volver?

—A Harper?

—A Tanganyka — replicó Stanley, que se aferraba cada vez más a su idea.

—Un año o dos... quizá tres... — dijo Bennet, contento de haber convencido a Stanley.

—¡Un paseíto!... ¿Cree usted que el reportaje interesaría si puedo hallar a Livingstone?

—Si lo logra... no se habrá hecho nadie igual hasta ahora.

—Pues iré — afirmó Stanley, decidido.

Bennet lo tenía ya todo previsto. Ni un solo instante había dudado de que la idea acabaría tentando a aquel diablo de Stanley y por eso, al proponerle el viaje, lo había hecho contando de antemano con su aquiescencia.

—El vapor "Great Eastern" sale para Londres el sábado. Ya he

hecho reservar pasaje para usted. Pida cinco mil dólares en caja, y, cuando se le acaben, pida otros cinco mil, y luego otros, y otros, y otros... pero encuentre usted a Livingstone...

—Supongamos que Tyce tiene razón y que Livingstone ha muerto — sugirió Stanley.

—Entonces no hay artículo...

—Yo creo que sí... Soy capaz de meterlo en alcohol y regalárselo al Museo Antropológico — rió Stanley, estrechando la mano de Bennett para cerrar aquel pacto periodístico que le había de tener ausente de Nueva York dos o tres años.

* * *

El barco cabalgaba sobre las olas tranquilas que movían su lomo con pereza felina estrellándose contra el casco de acero al que salpicaban de espuma como si quisieran envolverlo entre las blondas de una mantilla española.

Jeff, asomado a la borda, miraba y remiraba una y otra vez, atentamente, aquellas aguas tranquilas en las que el sol ponía reflejos de tornasol convirtiendo en millares de arco iris cada una de las gotas que brincaban en el casco y volvían a caer en la inmensidad del océano.

—Se puede decir que es verde... o tal vez que es azul... pero rojo... ¡de ninguna manera! ¿Por qué diablos le llamarán el Mar Rojo?... —¡Hola! — saludó Jeff, volviéndose hacia un personaje un poco extrañario que se paseaba por la cubierta fumando su pipa y con un libro en la mano que intentaba leer.

—¿Cómo dice?

—Le dije "hola" — explicó Jeff,

que siempre sentía la comezón de charlar con alguien, porque decía que el silencio sólo era facultad de los animales.

—¡Ah...! ¡Hola! — replicó el interpelado, secamente, porque era todo lo contrario de Jeff: le gustaba el silencio y odiaba hablar con desconocidos.

—¿Está siempre de este color? —preguntó el buen hombre, que no acertaba a comprender en modo alguno por qué le llamaban rojo a aquel mar.

—¿Quién?

—El mar... No es rojo.

—Claro que no —gruñó el viajero, queriendo cortar la conversación.

Pero Jeff le había cogido por su cuenta y siguió hablándole:

—No le había visto a usted todavía... ¿Cuándo ha subido a bordo?

—Tomé el barco anoche, en Suez.

—¡Ah...! ¿Vive usted por estas tierras?

—No. Yo vivo en Londres.

—De ahí es de donde son los ingleses, ¿no es cierto? — preguntó Jeff, que no estaba muy fuerte en geografía.

Y viendo avanzar hacia ellos a Stanley, le saludó con grandes muestras de alegría:

—¡Hola, hola... ven aquí, que te voy a presentar!... El señor Stanley... el señor... el señor... Perdone, no entendí bien su nombre — dijo Jeff al desconocido.

—Tyce — replicó éste de muy mal talante, alejándose sin esperar más.

Stanley cogió del brazo a Jeff y le preguntó, muy impresionado:

—¿Ha dicho Tyce?

—Sí, creo que ha dicho eso — afirmó Jeff.

—Si ese señor Tyce es quien yo creo... Bennet te va a aumentar el sueldo — exclamó Stanley dando un brinco de alegría.

Luego siguió su paseo y como viera que Tyce se había sentado en uno de los bancos de cubierta, dijo, al pasar junto a él:

—Buen tiempo, ¿verdad?

—Sí — contestó Tyce, sin mirar a su interlocutor, entregado a la lectura del libro que no leía pero que le servía para que los entrometidos no le dieran conversación.

Stanley no se descorazonó:

—Un poco caluroso, ¿eh?

—Sí, un poco.

—¡Ah...! Es "El Globo", de Londres — exclamó, tomando un periódico que Tyce había dejado sobre el banco, junto a él. — ¿Me permite que le eche una ojeada?

Tyce ni accedió ni se opuso.

—Estoy perdido sin mi "Globo"! — exclamó Stanley, tomando el periódico y mirando de soslayo a Tyce que al escuchar aquella exclamación había cambiado rápidamente de expresión.

—¿Le gusta "El Globo"? — preguntó con mayor amabilidad que la empleada hasta entonces.

—Con locura... Es el mejor del mundo... en su clase.

—¿Es usted americano?

—Sí. Ahora hay muchos americanos que les gusta leer "El Globo" — afirmó Stanley.

—Si es así... esto me halaga — murmuró Tyce, sonriendo satisfecho.

—Hummm... — musitó Stanley, fingiendo absorberse en la lectura del diario.

Luego añadió:

—No sé si sabe usted mi nombre... Soy Henry M. Stanley...

—Creo que me lo dijo su amigo al presentarle... Yo soy el propietario de "El Globo".

—¡Ah! ¿De veras? Pues debe

estar usted muy orgulloso de su periódico.

la muerte del doctor? — insistió Stanley.

—Sí... ¿Por qué lo dice?

—Porque quería saber si había alguna otra prueba de la muerte del doctor Livingstone, aparte de la información que publicó.

—¿Es usted policía? — inquirió Tyce, comenzando a sospechar de su interlocutor. — Nosotros no ocultamos nada al público, "El Globo" publica los hechos tal y como suceden.

—¿Incluso si sólo son rumores? — preguntó Stanley con una sonrisa irónica que crispó los nervios de lord Tyce.

—¿Rumores...? ¿Por qué habla usted de rumores? — gruñó, volviendo a su actitud agresiva.

—Porque pienso que la aseveración de ustedes no serviría de nada ante los jueces.

—¿Es usted abogado?

—No; soy periodista.

—¿Periodista? — inquirió Tyce, cada vez más escamado.

—Sí, señor. Trabajo para el "New York Herald".

—¿Con Bennet? ¿Con ese creador de bulos? ¿Con ese periodista de ocasión?... Por favor, señor, dígame... ¿es él quien le ha enviado a usted a Zanzíbar? — preguntó, exasperado.

—Sí... el señor Bennet me ha en-

viado para que encuentre al doctor Livingstone... Lord Tyce — contestó Stanley sin perder su perfecto aplomo.

Tyce se alejó con un gesto de rabia, y Stanley le detuvo un momento:

—Se deja usted "El Globo"—le dijo, con mucha cortesía.

Tyce se lo arrancó de la mano y se marchó, refunfuñando quién sabe qué insultos.

Con una sonrisita un poco misteriosa, Stanley se acercó a Jeff que seguía mirando con mucho interés la inmensidad del mar.

—¿Tienes fuego, Jeff? —le pre-

guntó, sacándole de su abstracción.

—Sí — contestó Jeff. Pero siguiendo aquella idea que le atenazaba, agregó: Este mar es azul, como los demás... y no me explico por qué diablos le llaman el Mar Rojo...

—Jeff... —murmuró Stanley, sin preocuparse del color del mar, creo que Bennet tenía razón... "El Globo" dijo que Livingstone había muerto... pero me parece que en ello no había nada de verdad...

El pobre Jeff no pudo escucharle ni interesarse en lo que le decía, porque el mareo se había apoderado de él y tuvo que alejarse rápidamente.

* * *

—Amita... amita... amita... Barco grande llega...

El criado negro había corrido hacia la casa a dar la noticia y Eva, juventud, belleza, feminidad, distinción, gracia y simpatía, había salido a las voces del criado.

—¿Llega el barco? — preguntó, sonriente, como si aquel barco tuviera que traerle algo muy bueno y agradable.

—Sí, amita, barco grande llega.

—Pues envía un coche al puerto inmediatamente. ¿Dónde está papá?

—En el jardín, amita.

—Anda, ve a cumplir lo que te mando, que yo avisaré a papá...

Corrió por los senderos graciosos del jardín recogiéndose la amplia falda que revoloteaba como una nube en torno a su cuerpo flexible y grácil, y encontró a su padre entretenido en unas plantaciones de flores extrañas. Era un hombre prematuramente envejecido, con una mirada vaga y una sonri-

sa un poco estúpida en su semblante inexpresivo.

—¡Oh... qué facha tienes, papá! — riñó con dulzura Eva, arrodillándose frente a su padre y formando con su falda como una corola de flor gigantesca que viniera a competir con las flores del jardín. Acaba de llegar el barco, anda, sé bueno y arréglate un poco para cuando lord Tyce llegue.

—¿Quién viene? — preguntó el señor Kingsley, mirando a su hija con aquella mirada ausente que no reflejaba ninguna vivacidad cerebral.

—Lord Tyce, papá... ¿No te acuerdas?... Anda, debes presentarte bien ante él... Ten en cuenta que cuando el cónsul viaja, tú eres el representante de Su Majestad y del gobernador.

—Es verdad... es verdad — murmuró el viejecito, como un niño obediente—. Voy a ponerme mi uniforme.

—No, papá... Tu uniforme esta-

ba bien cuando vivías en China... pero ya he hecho que te laven y planchen otro traje... Con él estarás mucho mejor.

—Bien, me vestiré con él para darte gusto. ¿Estás contenta?

—Sí, papá — contestó Eva besando con ternura a su padre—. Anda, vete a casa y date prisa, que no te encuentre desprevenido.

Eva torció por el sendero de la derecha y llegó hasta una pérgola bajo la cual, tendido en una silla larga de mimbre, estaba Garthe Tyce, el hijo del lord que iba a llegar de un momento a otro y que era huésped de honor de casa de los Kingsley desde que regresara, gravemente enfermo, de la expedición que había capitaneado y que no había conseguido hallar ni vivo ni muerto al doctor Livingstone.

—El barco ha llegado, Garth... Envié un coche a buscar a tu padre. ¿Has tomado la quinina? — preguntó, moviéndose en torno al convaleciente como una mariposa del país de las maravillas a la que un Hada hubiera convertido en mujer.

—¿Es eso cuanto vienes a decirme, haciendo una hora que no nos vemos? — inquirió el muchacho, con mimo de niño enfermo y con acento de hombre enamorado.

—Ya veo que no has tomado la

quinina... Tendré yo que pensar en todo — sonrió Eva, preparando el medicamento.

—Me puse a leer y se me pasó el tiempo... Gracias, Eva.

Bebió la pócima y sonrió a su encantadora enfermera que se había sentado junto a él.

—Dime, Garth, ¿crees que tu padre conseguirá que nos trasladen a Inglaterra? — preguntó la muchacha, que tenía aquella obsesión desde que veía que su padre iba perdiendo todas sus facultades atacado por aquel clima insano y agotador.

—Desde luego, papá tiene influencia, pero hay que contar siempre con el gobernador, que no es amigo de hacer favores... Le place que todo el mundo sea tan agresivo y obstinado como él... Por eso yo le doy tanto que hacer.

—Me estás quitando la ilusión — murmuró Eva, súbitamente entriscetida.

El le cogió la mano, se la estrechó tiernamente y la animó:

—No te asustes, nena... No ofreceré resistencia, solicitándolo tú...

Eva dejó al enfermo para ir a preparar la cena y atender a todos los últimos detalles a fin de que lord Tyce lo encontrara todo a punto a su llegada.

Lo más difícil era combatir los

mosquitos y todos los insectos que acudían a la luz y era preciso, después de correr los dobles velos con los que aislaban la mesa instalada al aire libre para sustraerse al espantoso calor de la habitación, matar uno a uno los mosquitos que se quedaban prendidos en aquellas tenues redes.

A esta tarea estaba dedicada Eva con todo su ardor, cuando una voz desconocida la sobresaltó:

—Usted perdón... ¿Vive aquí el señor Kingsley? — preguntó aquella voz.

Eva apartó las cortinas de tul y salió al jardín.

—¿Qué desea? — preguntó, mirando con sus ojos brillantes, oscuros y magníficos, al desconocido.

—Es preciso que hable con el señor Kingsley... ¿Es usted su esposa?

—No; soy su hija.

—Me llamo Stanley... Soy un reporter del "New York Herald" — dijo Stanley, presentándose.

—No le sería posible dejar para mañana sus asuntos, señor Stanley? — rogó Eva.

—Claro que sería posible; pero prefiero resolverlos ahora mismo.

—Es que... vamos a cenar dentro de un momento...

—Felices ustedes — murmuró Stanley.

La voz del señor Kingsley llamó desde el interior a su hija, y como ésta no contestara, se fué acercando hasta llegar al lugar donde la mesa estaba dispuesta para la cena.

—¡Ya voy, papá...! Perdone — dijo Eva, dejando al desconocido y yendo hacia su padre.

—¡Ah...! ¿Estás aquí?... Haz el favor de ayudarme a hacer el lazo de la corbata...

Eva comenzó a hacerlo, un poco nerviosa porque se acordaba del caballero al que había dejado, muy descortésmente, en medio del jardín; pero éste, que no estaba acostumbrado a azararse por tan poca cosa, gritó:

—Buenas noches, señorita!... Lamento haberla molestado...

—¿Quién está ahí fuera?... ¿Por qué no me has dicho que había alguien? — murmuró el señor Kingsley, yendo al jardín, seguido por Eva, que en vano quiso detenerle.

—Ah... buenas noches, caballero! — saludó Kingsley con aquella voz de hombre que vive en otro mundo y que ha de hacer un esfuerzo para enfrentarse con la realidad de éste. — ¿Cómo está usted?

—Muy bien... ¿y usted?

—El señor Stanley, papá... — presentó Eva, viéndose obligada a ello por la fuerza de la situación. Quería verte para resolver un asun-

to, pero le dije que íbamos a cenar...

—Claro, claro, nos honrará usted cenando con nosotros... Cualquier amigo de Eva es bien recibido en esta casa — se apresuró a decir Kingsley, sin darse cuenta de los guiños que le hacía su hija para darle a entender que aquel convite no era oportuno—. Por favor, quédese... Habrá para todos... Me alegraré mucho si lo hace.

Stanley miró a Eva, porque no sabía si aceptar o alejarse, y la muchacha, no queriendo dejar a su padre en mal lugar, dijo:

—Señor Stanley, nos honrará mucho su compañía...

—Gracias—sonrió Stanley, admirado de aquella belleza serena y magnífica que se abría como una magnolia maravillosa en el jardín de la residencia de los Kingsley, en aquel Zanzíbar que desde Nueva York le parecía salvaje y misterioso como las selvas a las que debía marchar.

Hubo las consiguientes presentaciones entre lord Tyce, que acababa de llegar, su hijo y Stanley, y se cambiaron entre ellos las frases triviales de los primeros saludos.

Kingsley sirvió un vino generoso antes de la comida a sus huéspedes, y se sentaron a la mesa,

siendo el tema principal de la conversación la aventura corrida por la expedición que, patrocinada por "El Globo", había ido en busca del doctor Livingstone, sin obtener el resultado apetecido.

—El señor Stanley viene con el mismo objeto—dijo Tyce, que no sentía simpatía hacia el periodista americano.

—¡Ah!, ¿sí?—preguntó Kingsley con su aspecto de persona ausente que viene de un lejano país, cada vez que le hablan—. Me alegro mucho... Está bien, muy bien... Yo conocía mucho al doctor Livingstone... era un buen amigo mío... un gran hombre. Esta era la casa del doctor... vivía aquí...

—Y sigue viviendo aquí...—murmuró Eva, con la mirada perdida en la lejanía de los recuerdos.

Stanley la miró sorprendido, y ella bajó los ojos. La conversación se desvió un momento hacia otros temas, pero Tyce, intrigado, volvió al mismo asunto, preguntando a Stanley:

—¿Y de quién partió la idea de su viaje a África, a la caza de un fantasma?

—Del señor Bennet... Se le ocurrió un día, mientras leía "El Globo"—replicó Stanley con aquella su calma habitual.

—El hombre que encuentre al doctor Livingstone, prestará un gran servicio a la humanidad—aseguró Kingsley, en un chispazo de su inteligencia adormecida.

—Me alegra que hable usted así, señor Kingsley, porque necesito su ayuda... He de marchar a la isla de Pemba y tengo entendido que en ausencia del cónsul es usted quien da los pases—dijo Stanley, aprovechando el momento para exponer sus deseos.

—Dicen que Pemba es malsana para los blancos—arguyó el joven Tyce.

—Sí... pero yo debo ir allá—insistió Stanley—. ¿Qué opina usted, señor Kingsley? ¿Podré obtener el pase para Pemba?

—Sí, sí, sí, no faltaba más... Me alegrará mucho poder facilitarle el pase...—murmuró el viejo con su aire bobalicón.

Tyce intervino:

—Es mi deber recordar a usted, Kingsley, que toma sobre sí, con poca reflexión, una enorme responsabilidad... El señor Stanley no es súbdito británico... y pudiera ocurrir algún desagradable accidente...

—Sé apreciar su interés, lord Tyce... pero relevo de toda responsabilidad al señor Kingsley—dijo Stanley, que estaba decidido a sal-

tar por encima de todo con tal de llegar a su propósito.

—En tal caso... no existe posible objeción—afirmó Kingsley, que se inclinaba a favorecer a Stanley.

—Papá...—intervino Eva, que estaba muy agitada y nerviosa, como si algún presagio siniestro la atormentara—, el señor Stanley es nuevo aquí... No sabe nada de Pemba ni de sus riesgos... y si alguna cosa le pasase tú serías el único responsable...

—Sí, sí, es posible que tengas razón, hija mía... y estoy pensando que este asunto lo debe resolver el cónsul en persona... Eva está en lo cierto, señor Stanley... Cuando el cónsul regrese, le recomendaré su solicitud...

Stanley fijó su mirada penetrante en los ojos de Eva, que no pudo resistir su fuerza, y bajó sus pupilas, y le dijo con un poco de amargura, pero sin perder el admirable control que tenía de sus nervios:

—Gracias... señorita...

Eva dió la señal de levantarse de la mesa. Irían al jardín a tomar el café. Los criados levantaron la silla en la que estaba tendido el enfermo y le llevaron de nuevo bajo la pérgola. Stanley detuvo a Eva y le dijo:

—Ha sido usted de una gran gen-

tileza al recibir así a un desconocido... Presente mis respetos a su padre y a sus invitados... Yo me voy... muy agradecido por su ayuda... Ese pasaporte lo era todo para mí... Buenas noches...

Se alejó con paso firme, pero Eva corrió a él, llamándole por su nombre:

—¡Señor Stanley...! Siento haber estropeado sus planes... pero tenía que serle agradable a lord Tyce... Tengo necesidad de sus servicios para mi padre.

—¿Qué tiene su padre que ver con él? —preguntó Stanley, interesado de nuevo por las palabras de aquella muchacha, de aquella criatura, la más bella que había visto en su vida.

—Quiero obtener su traslado a Inglaterra... Usted ha visto a papá... ha hablado con él... y ya ve cómo están...

—Yo no le encuentro nada anormal para un hombre de su edad.

—¡Su edad!... —suspiró Eva con tristeza—. ¡No ha cumplido los cincuenta! África le ha puesto así... Le agota este clima que mató a mi madre... Y lo cruel, peor aún que el clima, es ese anonadamiento de su voluntad; no quiere irse de aquí, se encuentra bloqueado igual que Livingstone y algunos otros más... En eso pensaba al decir que Livingsto-

ne seguía viviendo aquí... No hay ni un momento en que su espíritu no flote en esta casa... ¡Oh...! ¡Ya sé que lo que ha hecho es hermoso y humanitario, pero es imposible que todos tengan su temple de alma... Fíjese en mi padre... Se encuentra imposibilitado de poder escapar... y no podrá salvarse si no es con mi ayuda...

Stanley la había escuchado mirándola atentamente. El rostro de la muchacha reflejaba angustiosos tormentos, como si todo cuanto la rodeara tuviera sobre ella una influencia maléfica. Bajó la cabeza, sometido a aquel dolor que presentía cerca de él, y replicó con suave voz:

—Perdone... No sabía nada de esas cosas... No se preocupe del pasaporte... Yo sabré arreglarme sin él...

Se estrecharon la mano y Stanley se alejó, perdiéndose envuelto en las sombras de la noche, más densas bajo la vegetación tropical del jardín de los Kingsley.

Antes de amanecer estaba ya en el puerto. Había contratado una barcaza de indígenas para hacerse conducir a la isla de Pemba, primera etapa de su viaje por el territorio africano, y daba órdenes, incansablemente, para que todo su equipaje con los víveres y las pro-

visiones que hacían falta, fuera trasladado a bordo.

Una voz, una voz bien conocida, le llamó desde la orilla:

—¡Señor Stanley...!

La silueta de Eva, envuelta en un pañuelo blanco, se destacaba entre la luz titubeante de la aurora matutina. Stanley saltó a tierra y corrió a ella, atraído por aquella voz y aquella belleza femenina que le habían producido una extraña impresión.

—Señor Stanley... está usted loco de remate... se lo aseguro —le dijo la muchacha, hablándole precipitadamente, presa de un gran nervosismo.

—Puede ser que esté loco... ¿Por qué lo cree usted así? —inquirió Stanley, sonriendo.

—Porque se va a Pemba sin pasaporte.

—¡Bah...! También van los mercaderes de esclavos.

—Pero no los blancos... Odian a los blancos, porque quieren destruir su negocio, y odian, más que a nadie, al doctor Livingstone... Si llegasen a adivinar que usted le busca estaba perdido...

—¿Le encargó lord Tyce que me dijera algo más...? —preguntó, con mucha ironía, Stanley, mirando fijamente a la muchacha.

Eva palideció, profirió una exclama-

mación de desaliento, le volvió la espalda y ya iba a alejarse cuando Stanley, comprendiendo que la había herido con sus palabras, se excusó, obligándola a que le escuchara un momento más:

—Perdóneme... no quise decir eso... Ya sé que sólo se trata de su interés por mí... Me doy cuenta de que quiere usted ayudarme y sé apreciarlo y agradecerlo... Pero creo que debe reservar sus consejos para quien tenga el talento necesario para seguirlos. Ya hemos convenido antes en que yo era un loco...

—Quizá también yo sea otra loca... pero no quiero de ninguna manera... que si le ocurre algo... haga responsable a mi padre —murmuró Eva.

Y poniéndole un papel entre las manos, echó a correr tierra adentro, seguida del fiel negro, que la había acompañado hasta allá.

Stanley vió con sorpresa que Eva le había entregado el pasaporte deseado.

Una hora más tarde se encontraba frente al señor Kingsley, de quien se había ido a despedir y el cual le daba consejos para aquel peligroso viaje que iba a realizar.

—Lleve usted cuentas de colores y blancas también, porque según qué tribus las prefieren blan-

cas... Lo que gusta a todos, sin excepción, son los espejos y los brazaletes, pero sobre todo los espejos... Lleve usted muchos espejos... ¡Ah...! Quería decirle otra cosa y ya se me ha olvidado...—murmuró Kingsley, que tenía muy frecuentes aquellas ausencias de memoria y de imaginación, que le convertían en un ser casi idiota.

Pareció recordar de pronto, y sacando del bolsillo de su chaqueta un sobre, lo entregó a Stanley:

—Esto era lo que quería darle... Una carta para el doctor Livingstone... Déle, al mismo tiempo, mis mejores recuerdos.

—Va sin dirección, señor Kingsley—rió Stanley, bromeando, porque no tenía la seguridad de que aquella carta pudiera llegar a su destino.

—Es cierto... No sé dónde se encontrará... ni siquiera sé si está vivo. ¡Ah...! Eva me dijo que quería verle a usted antes de que partiera... Debe estar en el jardín... Vaya, vaya a buscarla.

Stanley se alejó, dejando solos a Jeff y Kingsley, que comenzaron a hablar de sus expediciones, quitándose la palabra de los labios uno a otro para poder contar mejor todas las aventuras que habían vivi-

do, aumentadas por su imaginación.

Eva estaba cultivando sus plantas cuando oyó los pasos de Stanley que se acercaban a ella, y levantando la frente le preguntó con un dejo de tristeza, que no dejó de complacer al explorador:

—Se marcha usted ya?

—Sí... gracias a usted por haberme conseguido el pasaporte.

—¡Ojalá no lo hubiese hecho!

—¿Por qué?

—Porque me sentiré culpable de lo que pueda ocurrirle...

—¿Qué puede pasarme? — preguntó Stanley, con despreocupación.

—Ignora usted dónde se ha metido... ¿Quiere usted volver como tantos otros, hecho un viejo ante de tiempo, agotado por algo que es demasiado grande para que pueda ser conquistado?... ¿Cree usted que puede luchar solo contra África, vencer?

—Conquistar esta tierra solo acompañado, no me interesa en absoluto—replicó el periodista, mostrándose en toda su naturalidad—. No soy explorador y menos aún misionero. No me atrae tampoco la idea de pasar un par de años de mi vida recorriendo la selva, buscando a un visionario que se ha

perdido o que tal vez haya muerto a estas horas... Pero si Livingstone vive, le encontraré. Este es mi designio... y tengo mis razones para esperar llevarlo a cabo... Me agrada saber que usted se preocupa de mí. Así no me sentiré tan solo en esta correría descabellada que voy a emprender... Deséeme buena suerte— suplicó, a tiempo que tendía, en un gesto amical y simpático, su mano a la muchacha.

—Se la deseo con todo mi corazón—dijo Eva, estrechando aquella mano efusivamente.

—Nunca lo olvidaré...

La voz de Gareth Tyce les distrajo:

—Paso a la caballería de marina de Su Majestad!—gritó, avanzando hacia ellos penosamente, sosteniéndose en dos palos y andando con mucha dificultad.

—Oh, Gareth, es maravilloso!— exclamó Eva, admirada al verle caminar después de tantos meses de haber estado postrado por la enfermedad.

—¿Qué efecto le hace poder volver a andar?—inquirió Stanley.

—Me produce unas enormes ganas de sentarme... ¡Huf!... Gracias— dijo Gareth, sentándose sobre un cajón que Eva le había ofrecido—. ¿Se marcha usted definitivamente, verdad? Si hubiera oído al gober-

nador, no se atrevería a emprender la partida... Dicen que va usted a derribar los cimientos del periodismo inglés.

—No... Tal cosa está muy lejos de mi ánimo—afirmó Stanley, que no sentía animosidad hacia Gareth, sino todo lo contrario, una espontánea simpatía, que el enfermo compartía también, sin saber explicarse el por qué.

—No necesita usted explicármelo; estoy seguro de ello. Por otra parte, yo no soy periodista... y se ha demostrado que tampoco soy explorador... Cuando estudiaba en Suiza escalé una vez el Matterhorn por ganar una apuesta... e inspiré a mi padre la brillante idea de que yo era el hombre a quien se debía enviar a África en busca del doctor Livingstone.

—¿Cuándo parte usted? — preguntó Eva.

—Mañana por la mañana... Creo que ha llegado la hora de despedirnos... Le escribiré a usted, señorita...

—En la selva no encontrarás buzones—rió Gareth, con todas sus ganas.

—Pues entonces le entregaré las cartas personalmente, cuando vuelva...

—Bien... si ella no está aquí... le sugiero la idea de que vaya a bus-

carla a Londres — añadió Gareth, mirando amorosamente a la muchacha.

—Está bien... lo haré... Espero que todo salga como usted lo desea... por su padre... y por usted... —dijo Stanley, estrechando la mano de Eva, que se despidió de él sin palabras, como si una rara emoción se hubiera apoderado de ella, arrebátandole la facultad de hablar.

Stanley encontró a Jeff y al señor Kingsley discutiendo todavía de sus correrías y exploraciones, y se despidió de aquel pobre ser envejecido prematuramente, desmemoriado, atento sólo a un pasado que le ligaba a aquella tierra que lo

iba matando lentamente y de la que no se sabía desligar.

—¡Ojalá pudiera acompañarle en esa expedición! — suspiró cuando vió que Stanley se disponía a partir—. Pero dicen que no me encuentro en condiciones de poder viajar por la selva. ¡No hay nada comparable a la belleza de la selva, créame! El atardecer en el campo, la brisa suave agita las plantas... un plateado riachuelo ca- brillea reflejando la luz lunar... Sa- ber que se está lejos de la patria, lejos de toda civilización... y jun- to a la naturaleza pura y cándida, tal como la hizo Dios... ¡Ah, señor Stanley, no sabe cómo le envidio!... ¡Que tenga mucha suerte!

* * *

Se adentraron en el corazón del Africa, hacia las regiones inexplo- radas, hacia las selvas en las que la huella del hombre blanco no ha- bía penetrado aún, hacia lo desco- nocido y maravilloso, hacia aquella naturaleza aún no mancillada, cán- dida y pura como la había creado Dios...

La expedición estaba formada por unas docenas de indígenas que llevaban el equipaje y las provisio- nes, y al frente de los cuales, vale- rosamente, marchaban Stanley y Jeff.

Cruzaban un país frondoso y fer- tilísimo, por un valle metido entre montañas. La naturaleza se des- plegaba ante ellos en toda su luju- riante belleza salvaje. Stanley es- cribía cada día sus impresiones, y así, lentamente, iba relatando las hazañas de aquel viaje difícil y arriesgado, emprendido sin ánimo de explorar países desconocidos, sino llevado a él por la sola idea de encontrar a un hombre y poder ha-

cer el reportaje periodístico más sensacional que se hubiera publi- cado en Estados Unidos hasta aque- lla fecha.. allá por el año 1870.

“Cinco jornadas de viaje. Buen tiempo, pero caluroso. La marcha es fácil. Ascendemos sin interrup- ción desde que nos alejamos de la costa. El frío nocturno nos demues- tra que estamos ya a considerable altitud. Ante nosotros se divisa la meseta del Africa Ecuatorial. Una extensa comarca que se extiende ante nosotros hasta donde nuestra mirada puede alcanzar, como si no tuviera más límite que el del hori- zonte. Somos los primeros que lle- gan a ella desde un punto tan meridional. Llevamos lo que en Africa se considera como un tesoro en mercancías y necesitamos conser- var la mayor cantidad posible de provisiones para poder vivir largos meses en este país aislado y desco- nocido. El agua no nos falta.”

No les faltaba el agua. La cara- vana iba siguiendo el cauce cauda-

los de un río que ora se despeña- cen los guías que solamente atacan ba en cataratas magníficas, ora se extendía en remansos de paz, mos- trando la pureza de aquellas aguas que nacían de las peñas, y a las que sólo algunos antílopes llegaban a abrevarse.

Stanley iba siempre a la cabeza de sus hombres. Su paso era firme y seguro. Llevaba el rifle terciado en banderola, la pistola a la cintura, y sus ojos penetrantes como los del lince, avizoraban cualquier es- collo que pudiera surgir, evitando lo que pudiera constituir un peli- gro para el avance de sus hombres, de cuyas vidas era él el único res- ponsable.

La selva le envolvía en todo su encanto. Se sentía un rey. Casi un dios. Y la esperanza de que su em- presa tuviera un resultado satisfa- torio le hacía marchar confiado en sí mismo y en la buena suerte que siempre le había guiado en todas sus empresas.

"Esta mañana — escribía en su diario — hemos visto los primeros antílopes; pero aún no nos hemos tropezado con fieras, aunque encon- tramos sus huellas por todas partes y por la noche oímos a los leones que cazan cerca de nuestro campamento, del que les tenemos aleja- dos por nuestras hogueras. Sólo sus rugidos llegan a nosotros. Nos di-

cen los guías que solamente atacan al hombre cuando están hambrientos, de modo que nada tenemos que temer en esta parte del país en que todo abunda. Yo llamaría a esto el paraíso de los cazadores, pues ha dado la coincidencia de que hemos pasado junto a un grupo de leones que devoraban tranquilamente algu- na pieza cazada y ni siquiera han alzado la cabeza para mirarnos, tan entretenidos estaban en su banquete. Los valles, a medida que vamos avanzando, se nos muestran rebo- santes de antílopes y de toda clase de caza mayor, incluso especies nuevas... que aún no han sido cata- logadas por los naturalistas. Ulti- mamente hemos visto algunas jirafas, aunque Jeff asegura que no existe tal animal... Kingsley tenía razón al decir que no hay nada que pueda compararse con esto... La comarca está llena de vida. Con algu- no de estos ejemplares, de los que aquí tanto abundan, se podría for- mar el mejor parque zoológico del mundo.

"Me parece que la señorita Kingsley exageró los peligros del viaje. Tanto los días como las no-ches transcurren en la más com- pleta tranquilidad."

Todas las noches acampaban en algún lugar recogido de la selva. Encendían las hogueras y en ellas

asaban algún antílope que habían podido cazar y comían alegre- mente, en perfecta camaradería, con los indígenas que habían contratado y que les seguían como fieles perros, llevándoles el equipaje.

Stanley se improvisaba una mesa y escribía sobre ella sus impresio- nes de la jornada, mientras Jeff contaba a los indígenas sus aventuras de gran explorador del Oeste americano, de las que tanto gusta- ba. Uno de los indígenas iba traduci- ciendo cada una de sus frases, y él esperaba para continuar su relato, haciendo grandes gestos para que le pudieran entender mejor.

Tantas mentiras les llegó a con- tar en una de aquellas noches, que los hombres murmuraron durante unos minutos unas palabras total- mente ininteligibles para Jeff.

—¿Qué dicen?—preguntó al in- térprete, extrañado por aquel mur- mullo.

—Dicen que eres tú el mayor em- bustero de Africa.

Stanley soltó una carcajada es- trepitosa, que se perdió en la leja- nía de la selva, estremeciendo to- dos sus rincones.

Pero Jeff no se enfadó por ello.

"Yo siempre había creído que Africa era una tierra cubierta de bosques y de calor insoporable — escribía Stanley en su diario—. Pe-

ro por el contrario, este terreno montañoso y despejado no se dife- rentia mucho del nuestro. Solamente la abundancia de caza mayor y los insectos que nos rodean, y a veces la luxuriante vegetación tro- pical, nos recuerdan que nos aden- tramos en el continente negro... Hoy llegamos a Ugogo, una región muy poblada y habitada por una raza muy robusta, que nos dió a co- nocer la costumbre africana de la "honga". Honga, quiere decir tribu- to... el tributo que han de pagar al jefe de la tribu todas las carava- nas que atraviesan el territorio: cuentas, telas, alambres, cristales, en fin, esas mil chucherías por las que se entusiasman y enloquecen esas pobres gentes que no conocen nada de nuestra civilización. Al pa- recer, esto de los tributos está tan bien organizado en Africa, sin co- nocer nuestra civilización, como en Nueva York. Nosotros pagamos nuestro tributo sin regateos. No queremos que una nimiedad así pueda entorpecer nuestra marcha. El jefe de la tribu es un buen hom- bre, que nos provee de comida y nos facilita guías para nuestra pró- xima jornada... cobrándonos nada más que el doble del precio ordi- nario, porque somos blancos..."

En Ugogo tuvo Stanley la pri- mera esperanza, porque después

que el intérprete hubo hablado con el jefe de la tribu, se acercó a él y le dijo:

—Amo... dice él sabe donde está hombre blanco.

—¿Dónde? — preguntó Stanley, seguro de que no podía haber más hombre blanco en aquellas regiones que el doctor Livingstone.

—Decir poblado Mbashi... dos lunas viaje.

—Bien... Di a los hombres que empaqueten. Vamos a seguir nuestra marcha. Que ese hombre te diga todo cuanto sepa del blanco antes de nuestra partida. ¡Pronto, en marcha!

Jeff daba órdenes a los negros y éstos se apresuraban a cargar cada uno con el paquete que le correspondía, poniéndoselo a la cabeza y marchando con paso firme sobre sus piernas fuertes y ágiles, acostumbradas a las largas marchas por aquel terreno difícil.

La caravana siguió avanzando. Llegaban ahora hombres de refresco, facilitados por el jefe de la tribu de Ugogo.

Stanley escribía:

“Hemos adelantado mucho en las últimas jornadas, ya que la esperanza de que el final de nuestra búsqueda se acerca, redobla nuestras fuerzas... Dentro de pocas semanas estaré de vuelta en Zanzí-

bar, acompañado del doctor Livingstone. ¡Quién sabe si la señorita Kingsley se sorprenderá al verme!... Ojalá esté aún allí... Estoy seguro que si pudiera ver esto se le quitaría el miedo a Africa... Millares de flamencos que vuelan al atardecer en dirección al sol poniente, con sus colores brillantes, parecen un augurio feliz para nuestra empresa. Estoy seguro de que a la señorita Kingsley le entusiasmaría este espectáculo... (Parece que pienso en ella muy a menudo.)”

Caminaron aún una jornada más por aquel paisaje de maravilla y al fin divisaron el poblado.

—¿Cómo será Livingstone? —se preguntaba Stanley, un poco inquieto.

Hassan, el intérprete, hizo saber al jefe de la tribu lo que deseaban, y les mostraron una tienda donde, tendido en un lecho, estaba lo que ellos llamaban un hombre blanco. No era más que un indígena albino, caso rarísimo entre ellos y que les había inducido a confusión.

—¡Oh... vamos, vamos pronto de aquí! — exclamó Stanley, decepcionado—. Sigamos nuestra marcha.

Pero ésta comenzó desde entonces a hacerse penosa y erizada de

dificultades. Stanley decía en su diario, al cabo de unas jornadas:

“El desengaño recibido en Ugogo parece haber sido la señal de que la fortuna dejaba de sernos propicia. La noche pasada otro hombre fué devorado por los leones y dos más murieron de disentería, que es nuestro peor enemigo, porque no tenemos nada para luchar contra ella y el calor que arrastra la hace cada vez más peligrosa. Cuando ataca los hombres caen como moscas. Los buitres nos siguen a la espera de esas carroñas que quedan tendidas en tierra, cara al sol, y a las que se precipitan en bandadas cubriendolas con sus repugnantes alas negras y lanzando sus siniestros graznidos.

“Los hombres empiezan a desertar... ¡pobres diablos!... no sé si llegarán vivos a la costa... Seguimos marchando día tras día, semana tras semana, de poblado en poblado, preguntando sin tregua y recibiendo siempre la misma respuesta:

—No saber... No saber...

“Hace tanto tiempo que no hemos recibido una palabra de esperanza que hasta recibiríamos con agrado cualquier otro falso rumor.

“Comienzo a darme cuenta de la inmensidad de este país. Es como si hubiéramos echado a andar en

Nueva York esperando encontrar a Livingstone entre Chicago y Nueva Orleans. Hace varias semanas que no hemos visto seres humanos, pero la vida salvática nos rodea. Se puede escuchar el palpitar de esta naturaleza siempre en gestación. Por todas partes están las huellas de los animales salvajes. Al cruzar un río una gran manada de hipopótamos ha salido a nuestro paso, pero se han alejado más asustados que nuestros propios hombres. El terrible sol ecuatorial brilla sobre nosotros...

“Presento mis excusas a Eva Kingsley... Creí que se había equivocado, pero no es así... Quisiera saber por qué se interesaba tanto por mí, por un extraño que, en todo caso, sólo le proporcionó molestias y la obligó a actuar contra su voluntad, proporcionándome el pasaporte... Eva quiso evitarme esto que hoy sufro... pero no sé por qué. Puede que fuese solamente porque ella cree que los blancos no deben penetrar en esta tierra... Livingstone debe estar loco... si es que está vivo... aunque ya empiezo a dudarlo... Pero no puedo ni debo confesar tales dudas; no quiero que mis hombres se den cuenta de que empiezo a desalentarme... Me llaman Bula Matarí, que en su idioma quiere decir “el que sabe el cami-

no"... No puedo traicionar su confianza."

Y por ellos seguía adelante. Caminaba sin guía. La enormidad de la región, su vastísima extensión hacían de su viaje una cosa absurda e irreal, pero Stanley debía seguir adelante, sin titubeos. Bula Matarí... ¡sabía el camino! Aunque él mismo no acertaba a explicarse hasta dónde le conduciría aquel camino que seguía a través del África enorme y misteriosa.

Un día vieron avanzar hacia ellos una extraña columna humana que les hizo detenerse. Eran desdichados indígenas, maniatados, uncidos a largas ramas de árbol que les unían unos a otros, sin posibilidad alguna de poder escapar, escoltados por otros hombres que caminaban a su lado y les iban azuzando con látigos, como si fueran animales de carga.

Por primera vez, desde hacía tres meses, se encontraba la caravana de Stanley con seres humanos.

—Deben ser esclavos—dijo Stanley a Jeff—. Tú y Hassan quedáos con los hombres. Yo me adelantaré e iré a hablar con ellos. Quizá nos puedan dar alguna orientación.

Stanley no pudo entenderse con los negreros, que no hablaban otro idioma que su dialecto africano.

—¡Hassan! — llamó Stanley a su intérprete.

—Sí, mi amo.

—Dime qué es lo que dice ese hombre.

—Decir él sorprendido ver hombre blanco en país.

—Pregúntale si sabe el camino de Tanganyka.

Hassan habló con el negrero, que vigilaba su columna de esclavos mientras hablaba con ellos, y luego tradujo lo que el hombre le decía:

—Decir que venir de allá... de poblado Unanyambi, a cuatro lunas viaje... Decir mejor ninguna otra cosa tu Unanyambi marchar...

—Dile si ha visto algún otro blanco.

Hassan volvió a hablar en árabe, mientras la caravana de esclavos seguía caminando mecida por el canto triste y monótono que entonaban los negros.

Luego dijo a Stanley:

—Decir nunca haber visto blanco en país.

—Bien... Dale las gracias y vuelve con los hombres.

Se separaron del negrero. Durante mucho rato siguieron escuchando la tonada triste y monótona que cantaban los esclavos y que les traía el viento como un lúgu-

bre quejido humano que penetraba en el corazón dolorosamente.

Stanley tuvo que hacer un esfuerzo para sustraerse a la visión tristísima de aquella columna humana que le había impresionado, y contempló a sus hombres que marchaban libremente, ofreciéndole su

trabajo a cambio de lo que se les pagaba por él, pero que no recibían ni golpes ni malos tratos, como los otros infelices pescados en la trampa de los negreros que les trasladaban a los mercados para venderlos en una espantosa trata de carne humana.

* * *

Pasadas algunas jornadas sin más incidentes que los que les ofrecía el terreno, escucharon un día otro rumor trágico y de mal augurio que les hizo pararse en seco y escuchar atentamente.

—Tambores de guerra... — murmuró Stanley, reconociendo aquel sonido inconfundible.

—¿Tambores de guerra?... ¿Será contra nosotros? — preguntó Jeff con toda su cándida ingenuidad.

—Ya puedes imaginártelo... La caravana de esclavos habrá pasado por aquí, y creerán que nosotros venimos a hacer lo mismo... ¡Atención, Hassan, vigila a los hombres!

Avanzaron con cautela, pero el redoblar de los tambores se acercaba. Una flecha, disparada sólo Dios sabía de dónde, vino a clavarse en la espalda de uno de los indígenas que cayó al suelo lanzando un alarido de dolor. El pánico cundió entre los demás, pero Stanley se sobrepuso dándoles ánimo con sus palabras.

Los hombres siguieron avanzando y Stanley, llevándose el rifle al hombro, disparó hacia unos matorrales entre los que había logrado divisar los colores vistosos de las plumas de los salvajes.

Los tiros les dispersaron, porque el salvaje no conocía aún el arma de fuego y sentía terror hacia ella. Pero al poco rato, llamados por el constante redoblar de los tambores, se fueron reuniendo los salvajes en tal número que hubieran caído sobre la caravana de Stanley como los buitres sobre las carroñas y no hubieran dejado de ella ni los huesos.

Stanley condujo a sus hombres a través de unos matorrales, animándoles para que precipitaran el paso. Los salvajes venían hacia ellos enfurecidos, y fué entonces cuando Stanley pegó fuego a las matas, ayudado por Jeff, avivando las llamas aventando unas con otras las plantas resecas por el calor tropical. El fuego prendió rápidamente



—Vea... el continente negro, misterioso...



—Confiesa... —El barco ha llegado, Garth... —dijo Tío



Eran desdichados indígenas...



Los salvajes venían hacia ellos enfurecidos...



—¿Tambores de guerra?... ¿Será contra nosotros?



...y se formó una barrera de llamas...



Jeff le cuidaba amorosamente, como una madre...



—Estaba registrando mi equipaje.



—;Otro blanco? — preguntó Stanley.



...enseñándoles aquellas canciones que ellos entonaban con una rara perfección.



—Los blancos ven África a través de su ignorancia...



—No podría abandonar África... Esta es mi vida...



—...conteniendo a duras penas a Jeff...



Entre el público se encontraban los jóvenes esposos Tyce...



—...el señor Stanley tenía por objeto hacer de esta honorable junta la víctima de un colosal fraude.



—¡Adiós, Eva...! Y gracias por todo...

EL EXPLORADOR PERDIDO

y se formó una barrera de llamas entre los atacantes y los atacados, y así pudieron salvarse de aquella muerte segura y espantosa que tan cerca de sí habían tenido.

Los indígenas, desde aquel día, miraron a Stanley como si fuera un dios, porque él les había sabido conducir por el camino seguro y les había arrancado de las manos de aquellas tribus que les hubieran devorado.

La marcha era cada vez más fatigosa y agotadora. El ver a diario que los hombres caían víctimas de la fiebre, de la disentería o del ataque nocturno de las fieras, era descorazonador y la falta de noticias de Livingstone mataba en el pecho de Stanley, una a una, todas las esperanzas que había concebido de la victoria.

Stanley sentía que las fuerzas le iban flaquéando. El clima le agotaba. Y la inutilidad del esfuerzo que estaba llevando a cabo le anonadaba.

"Si alguien encuentra este diario — escribió un día en que se sentía tan débil y fatigado que creyó no podría continuar ya más—, que haga el favor de entregarlo al señor James Gordon Bennet, del New York Herald", para que sepa que está escrito a costa de la sangre de los hombres que llevó a la

muerte... y que diga a Eva Kingsley que estas páginas llevan un mensaje para que ella sola lo lea... Nunca debí haberme separado de ella... y ahora es demasiado tarde... porque sé que no la volveré a ver más. ¡Pero no puedo volver! Mientras pueda caminar seguiré hacia adelante y no saldré de África sin haber encontrado a Livingstone..."

Con sobrehumano esfuerzo continuó siendo el Bula Matarí, el que conocía el camino, el que marchaba siempre a la cabeza de su expedición. Pero los indígenas comenzaban a sentir la fatiga de la marcha y tenían miedo de los crecientes peligros que les rodeaban, por esto un día, dejando en el suelo los fardos que llevaban a la cabeza, se sentaron junto a ellos decididos a no seguir hacia adelante.

—Hassan... ¿qué les pasa a los hombres? — preguntó Stanley, extrañado por aquella inesperada actitud.

—Hombres decir quedarse aquí... no seguir más.

—Están locos?

—Decir preferir morir aquí... a seguir adelante...

—Si nos quedamos aquí seguro que morirán todos... Aquí hay fiebre... Hemos de salir de esta región... Vamos, diles que aquí enfermarán todos... ¡Que todos nos

moriéremos, si nos quedamos en esta región!

Hassan logró convencerles, pero dos jornadas después tuvieron que hacer un alto definitivo, porque el que había contraído la fiebre era el mismo Satnley.

Jeff le cuidaba amorosamente, como una madre, como le había cuidado ya otra vez, en aquella su expedición al Oeste americano. Y se pasaba horas y horas sentado a la cabecera del enfermo, dentro de la tienda, atisbando todos sus movimientos. Cuando le veía muy excitado mojaba un paño en una infusión de yerbas que él sabía hacer, y se lo aplicaba a la frente, esperando el resultado sedativo de aquella cura primitiva y eficaz.

Stanley se agitaba en su lecho, con una angustia infinita. Gruesas gotas de sudor manaban de su frente y le regaban el rostro, sus labios se movían en una constante palpación repitiendo una vez y otra y otra, hasta lo infinito, la misma frase que se le fijaba en el cerebro y le atormentaba:

—Pida usted cinco mil dólares en caja... pida usted cinco mil dólares... Pida usted cinco mil dólares... Pida usted cinco mil dólares...

Casi no se entendían sus palabras, que no eran más que un susurro. Pero Jeff las espiaba, porque

estaba al lado del enfermo, y le ponía la mano sobre la frente y hubiera querido poderle arrancar aquella idea que era como una tortura para el pobre cerebro enfermo.

Stanley, al contacto de la mano de Jeff, parecía calmarse un momento, pero luego se volvía a agitar y continuaba con su angustiosa pesadilla:

—Pida usted cinco mil dólares... pida usted cinco mil dólares... y cuando se le acaben otros, y otros, y otros... pero encuentre usted a Livingstone... encuentre usted a Livingstone, encuentre usted a Livingstone...

Un momento de reposo y de nuevo se agitaban los labios del enfermo y su cabeza se movía a un lado y a otro con angustia:

—Lo encontraré... lo encontraré... lo encontraré... lo encontraré... lo encontraré... Si lo logra no se hará hecho nada igual hasta ahora... hasta ahora... hasta ahora... hasta ahora... Lo encontraré... Lo encontraré... lo encontraré... lo encontraré...

Pareció apaciguararse de nuevo, gracias a los paños que Jeff le ponía en la frente uno tras otro. Pero de pronto el enfermo se volvió a agitar, y le pareció escuchar la voz de Eva Kingsley que le decía:

—Ignora usted donde se ha metido... ¿Quiere usted volver como tantos otros... hecho un viejo antes de tiempo... agotado por algo que es demasiado grande para que pueda ser conquistado?... ¿Cree que puede luchar usted solo contra África... y vencer?

—La venceré... la venceré... la venceré... la venceré... la venceré... la venceré...

Parecía que rezaba una letanía inacabable y que aquella letanía le hacía bien, porque quedó sumido como en una especie de letargo, cuando unas voces y unos gritos fuera de la tienda hicieron levantarse a Jeff precipitadamente y salir a ver qué era lo que ocurría.

Se encontró ante unas docenas de indígenas que hablaban con Hassan animadamente.

—¡Hassan! —gritó Jeff—. ¿Quiénes son esos hombres?

—Venir de Tanganyka... amigos... cazadores...

—¿De Tanganyka?

—Sí, mi amo... tener hambre... querer comida... Decir que otro blanco siempre les da comida...

—¿Otro blanco...? —preguntó Stanley que había despertado gracias a las voces que daban aquellos

salvajes y que había escuchado aquellas últimas palabras de Hassan, asomándose a la puerta de su tienda.

—Sí, mi amo, otro blanco.

—¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Quién? —preguntó Stanley, con los ojos agrandados por la fiebre y por la esperanza.

—En Ujiji.

—¿Cómo se llama ese hombre?

—Doctor... Saber que se llama doctor... —explicó Hassan.

—¡Livingstone!... ¡Ha de ser Livingstone! —exclamó Stanley, alzando los ojos al cielo en una muda plegaria—. Dales de comer cuanto quieran, dales todo lo que pidan... a cambio de que me lleven a Ujiji en seguida...

Hassan corrió a cumplir la orden, pero Jeff se volvió a Stanley y le interrogó con una muda mirada.

—Tú te quedarás aquí con los enfermos hasta que yo vuelva o envíe por vosotros... Yo marcharé con unos pocos —le dijo.

—¿Mañana? —inquirió Jeff, que sentía de veras separarse de su amigo, tanto más cuanto que le veía gravemente enfermo.

—Ahora mismo.

* * *

Se organizó la expedición y lo sabré con certeza!... ¡Estamos en marcharon llevando a Stanley en unas angarillas. Tenían que recorrer tres lunas, cuando menos, y la jornada sería penosa. Pero al alejarse de aquella tierra insalubre en la que la fiebre había hecho estragos entre sus hombres y le había atacado a él mismo, pareció ceder y se sintió muy conformado, tanto que, unas jornadas después, ya pudo marchar por sus propios pasos, reposando sólo de tiempo en tiempo en las angarillas.

"Dicen nuestros guías—escribía en su diario con mano temblorosa de hombre enfermo—que este lago es el Tanganyka, el lugar que tanto hemos buscado.. Es difícil creerlo... Me temo que sea un espejismo y que desaparezca de mi vista... Después de tantos meses de fatigas, no me atrevo a pensar que ya vencí... ¡Pero dentro de unos instantes

Llegaban a una especie de poblado encantado, lleno de exuberante vegetación, con sus cimbreantes palmeras y unas lindas casitas hechas con gracia singular.

El corazón de Stanley palpitaba de emoción. Habían encontrado al hombre blanco, es decir, a Livingstone.

Y, en efecto, frente a él, saliendo de la mejor casa del poblado, un hombre anciano, ya fatigado, pero con la mirada brillante y penetrante, le contemplaba en silencio.

Los dos grandes hombres se miraron así, el maestro y el principiante, como si se estudiaran antes de dirigirse la palabra. Stanley se quitó su sombrero, aquel sombrero de colonizador que le había privado de tantas insolaciones y de tantas picaduras de insectos, sombrero es-

tropeado por los soles y las lluvias de todos aquellos largos meses vividos en plena naturaleza, y preguntó, como en un suspiro:

—¿Tengo el honor de saludar al doctor Livingstone?

—Sí — contestó el viejo maestro simplemente, avanzando hacia aquel blanco que venía a él cuando ya creía que todo lo civilizado le había olvidado.

—¡Gracias a Dios que me ha permitido encontrarle!

—Y yo le doy gracias por estar aquí y para recibirle, señor...

—Stanley... —murmuró el enfermo, apoyándose para no caer, porque el acceso de fiebre le había sobrevenido de nuevo.

—¡Oh, señor Stanley... no está usted bien!—exclamó Livingstone, sosteniéndole cuidadosamente y ayudándole a entrar en su casa.—Venga, venga, señor Stanley, síntese aquí y descance... ¿Se siente muy mal?

—No es nada... He tenido fiebre... He marchado sin descanso noche y día desde que supe que estaba usted aquí... ¡Hace ya un año que saí de Zanzíbar!

—Siéntese... descance... —murmuró Livingstone, mirando emocionado a aquel hombre blanco que tenía ante él.

Y cuando le vió más tranquilo, le preguntó:

—Así... ¿no ha sido el azar el que ha guiado sus pasos?

—No, no... Vine a buscarle a usted...

—A buscarme... a mí?—preguntó, sin acabar de comprenderlo, el doctor Livingstone.

Y con el rostro iluminado por una ilusión llamó a su criado:

—Susí... ven acá y atiende... Esta noche tenemos un invitado... Pon cena para él, ¿entiendes?

—Sí, mi amo.

—Hace tanto tiempo que no invito a nadie!... ¡Chuma!... ¡Chuma!

—llamó, y apareció otro indígena.—Chuma, hoy es un gran día, ¿sabes? Prepáranos cerdo cebado para cenar.

—Sí, mi amo.

Todo le parecía poco a Livingstone para obsequiar a su huésped, y, después de haber dado varias órdenes, se acercó de nuevo a él y le preguntó:

—Dígame, señor Stanley... ¿Vine aquí enviado por el Gobierno o por la Real Sociedad Geográfica Inglesa?

—No, señor — contestó Stanley simplemente—. Me ha enviado el "New York Herald".

—¿Un periódico?—preguntó Livingstone en tono decepcionado.

—Sí, señor... Usted es un tema apasionante, doctor Livingstone. El mundo entero está preocupado por su suerte... Ha habido muchos rumores acerca de su muerte... ¡Hasta se dijo que se había casado con una princesa negra! —rio Stanley con su buen humor de americano—. Pero todos esos rumores cesarán en cuanto le lleve conmigo...

—Luego... ¿la única razón de su viaje ha sido obtener noticias sensacionales para su periódico? —preguntó Livingstone, mirando con tristeza al hombre blanco que venía a traerle una decepción.

—Eso es, doctor.

—¿Y en qué puedo servirle?

—Dándonos la exclusiva de los derechos de publicación de sus artículos... naturalmente, bien pagados... Cuando se reponga un poco será usted una atracción mundial, el héroe de tres continentes... Claro que usted puede dar, por su cuenta, conferencias, exhibiciones, lo que quiera... pero la exclusiva de sus artículos ha de ser para el "New York Herald"...

—Entiendo... No es que sea un desagradecido, señor Stanley —murmuró Livingstone, cada vez más decepcionado—, pero yo, ni estoy perdido ni me escondo... y si hubiera querido regresar lo habría hecho

hace mucho tiempo, porque no he carecido nunca de medios para ello... Pero no tengo intención de abandonar África mientras mi trabajo subsista... Ya comprendo que ahora, el decepcionado es usted...

—Para escuchar estas palabras ha soportado usted meses y meses de sufrimientos y de lucha constante contra todo! Comprendo lo que usted experimenta después de sopor tar tan duras pruebas, al oír que el hombre a quien usted venía a salvar no desea ser rescatado... Pero también yo he sufrido un desengaño... En el primer instante he creído que le habían enviado aquí a ayudarme en mi trabajo... No importa... De todos modos debo dar gracias a la fortuna que le ha traído hasta aquí...

—Amo, la cena está servida —anunció Susí en aquel momento.

Los dos hombres blancos se sentaron ante una mesa servida con abundancia dentro de la más simple sencillez. Livingstone se quedó un rato reconcentrado en sí mismo, y murmuró en voz baja, rezando:

—Por las bendiciones y las bondades que has derramado sobre esta mesa, Señor, hazme... haznos... agradecidos...

Se santiguó y empezaron a comer con muy buen apetito.

* * *

Por la noche, cuando Stanley fué a acostarse en el departamento que le había sido destinado, se encontró a un indígena que estaba hurgando en su equipaje y, cogiéndolo violentamente por los hombros le dió un empujón brutal, haciéndole caer por el suelo:

—¿Qué estabas haciendo aquí?... ¿Qué estabas haciendo?... ¿Qué has cogido? Vamos, dímelo...

El negro se defendía en su lengua, lanzando lamentos de espanto, mientras Stanley le gritaba más y más fuerte, descargando sobre él golpe tras golpe a fin de obtener el objeto que le había robado.

Livingstone apareció en la puerta de la habitación, atraído por las voces de Stanley y los lamentos del indígena y preguntó, imponiéndose con su gesto:

—¿Qué ha pasado, Stanley?
—Estaba registrando mi equipaje.
—¿Le ha pegado usted? — pre-

guntó Livingstone en tono de reproche.

—Naturalmente.

—No debió pegarle, Stanley... Bongo —añadió con dulzura, dirigiéndose al negro—, me prometiste no ser ladrón...

Cambiaron algunas frases en dialecto africano y Livingstone tradujo a Stanley:

—Bongo me dice que lo siente y que le pide a usted perdón, señor Stanley... Perdóneme a mí también por haberle hablado de un modo violento... pero es que no se debe nunca pegar a esos infelices... siempre devuelven el trato que reciben... y ya saben ellos bastante de brutalidad para que los blancos les enseñen más... Bongo va haciendo progresos... Antes no pasaba un solo día sin robar... ahora llevaba más de un mes sin apoderarse de nada... Ese espejo le ha llamado la atención y ha querido quedarse con él... Siento que le haya incomoda-

do... Buenas noches, señor Stanley. Stanley durmió profundamente aquella noche. Las fatigas y las angustias del viaje se habían desvanecido, evaporadas por el calor de hogar que se desprendía de la casa del doctor Livingstone, y sólo despertó ya muy entrada la mañana y porque los cantos armoniosos de un grupo de gente le arrancaron del sueño y le hicieron escuchar extasiado. Eran voces afinadas, suaves, magníficas, cantando salmos y canciones de una gran profundidad musical. Parecía el coro mejor formado por el maestro más perfecto en el arte musical. No comprendía Stanley de dónde podía provenir aquella música, y se asomó a su ventana, quedando pasmado al ver a todos los habitantes del poblado reunidos y al doctor Livingstone dirigiéndoles y enseñándoles aquellas canciones que ellos, en el innato instinto musical que llevan en el alma los pueblos salvajes, entonaban con una rara perfección.

Stanley escuchaba, admirado y sorprendido, sonriendo ante la novedad del espectáculo que para él resultaba de un encantador exotismo.

—Muy bien, muy bien, muy bien — dijo Livingstone cuando hubieron terminado la canción sus protegidos. Y viendo a Stanley asoma-

do a la ventana, le saludó con afecto:

—Buenos días, señor Stanley! Espero que nuestros cantos no le habrán molestado.

—No, no, al contrario, me han gustado mucho — aseguró Stanley, sonriendo.

—He enviado a buscar al resto de sus hombres. Cuando quiera almorzar avise a Chuma.

—Gracias—replicó Stanley, agradecido a las atenciones del doctor.

Livingstone seguía en la parte externa de la casa, mientras Stanley estaba en el interior, cuando un grupo de muchachos indígenas, de doce a dieciséis años, vinieron corriendo hasta el doctor, llevando casi en vilo a uno de ellos que traía herido un pie.

—¿Qué es esto, Oma?—preguntó Livingstone, dirigiéndose al niño como si hubiera sido su propio hijo. — ¿Te duele mucho? A ver, a ver qué ha sido... Susí, trae mi botiquín... A ver, Oma, échate aquí... así podré verlo mejor... Chuma, trae agua caliente... ¿Pero dónde pudiste encontrar un pincho tan grande, Oma?... Vamos, no tengas miedo, que no te haré daño... ¡Ah!, señor Stanley—añadió, viendo aparecer a su huésped, ya vestido —, ¿quiere usted hacerme el favor de

ayudarme a curar a este diablillo?

—Encantado.

—Oma es un soldado muy valiente, pero ha sufrido una herida en un pie... bastante honda... y hasta los soldados necesitan que se les anime cuando han de sufrir una cura un poco fuerte... ¿no cree usted?

—Pues le animaremos todo lo que podamos. ¿Cómo puedo ayudarle?—inquirió Stanley, dispuesto a ayudar en todo a Livingstone.

—Vamos, Oma, quieto, quieto...—rogó Livingstone, dirigiéndose al muchacho, que había intentado escapar a la cura dolorosa. Y añadió, hablando a Stanley—: Será mejor que usted le sujetete las manos, así trabajaré yo más tranquilo... Vamos, Oma, no hay que tener miedo... El señor Stanley es un amigo..., tu amigo. Oma no está acostumbrado a ver extranjeros, ¿verdad, Oma?... En el lenguaje de su tribu, extranjero y enemigo quiere decir lo mismo... Chuma, trae el desinfectante vamos, pronto... Y tú quieto, Oma, quieto...—iba diciendo el viejo doctor mientras trabajaba rápidamente, recortando la carne infectada por la herida y arrancando todo lo que hubiera podido producir una rápida gangrena en aquel pie de niño que sufría en silencio lo doloroso de la cura—. Hace dos

años que nos quedamos sin alcohol — siguió diciendo, hablando con Stanley— pero vimos que la raíz de uno de los árboles de aquí tiene extraordinarias propiedades curativas... No ha habido un solo caso de infección desde que lo usamos... Estate quieto, Oma, estate quieto... vamos a ver lo que hay aquí... ¡ah, esto va mejor!... ¡El pincho ya está fuera y toda la herida limpia como la plata...! ¡Ea, ya está, muchacho, ya ves cómo ha sido cosa fácil!... Oma se repondrá en seguida, está en excelentes condiciones físicas, su padre era caníbal de Mayuena... Si Oma no viviese con nosotros, también sería ya antropófago... Los Mayuena son magníficos en muchos sentidos... tienen gran sentido del honor, buena constitución física, y gran capacidad de mando... Algun día Oma será un gran jefe, ¿no es verdad, Oma?

El niño había sufrido en silencio todo el dolor de aquella cura semisalvaje, y había aguantado con entereza, sin decir palabra. Primero comenzó mirando a Stanley como a un enemigo, porque le sujetaba las manos y le inspiraba temor, pero a medida que el doctor iba hablando, el niño fué quedándose quieto, y acabó mirando a Stanley con una gran sonrisa inocente y amable, que conquistó el

corazón del periodista, que sonrió, a su vez, al niño.

—Ea, ya está, ya puedes marcharte, Oma! Vigila el vendaje y ten cuidado otra vez... Esos pinchos son muy venenosos... Vamos, has sido muy valiente y estoy contento de ti.

Oma se alejó, sonriendo a Livingstone y Stanley, que le vieron partir.

—Por lo que veo no le falta en Africa trabajo, doctor—comentó el periodista americano.

—No, no me falta trabajo. Siempre ocurre así en estas tierras, como pasó en América, cuando los primeros colonos... No tropezaban más que con selvas inhóspitas y salvajes feroces... que es lo que pasa ahora en Africa... Gracias, Chuma... Susí, trae mis mapas — dijo a sus criados que se movían en torno a él como perros fieles, cumpliendo rápida y estrictamente sus órdenes.

Susí trajo los mapas y Livingstone continuó hablando con su huésped:

—Los blancos ven Africa a través de su ignorancia, y tienen miedo de ella porque no la conocen... Usted es periodista, señor Stanley, y debe saber algo de los hombres...

—Puede que tenga mucho que aprender todavía —murmuró Stan-

ley, como si su pensamiento estuviera fijo en algún ideal todavía desconocido, pero presentido ya.

—¿Por qué cree que los blancos no vienen a Africa?—preguntó Livingstone, que estaba contento de poder hablar con un igual suyo, de poder exponer sus teorías ante un hombre capaz de comprenderle.

—Por... porque está lejos.

—No, no, no es más que miedo, miedo a lo desconocido... miedo a los espacios blancos de los mapas... Llene esos espacios blancos y cesará su temor. Fíjese en esto—dijo Livingstone, mostrando sus mapas.

—Es el sistema hidrográfico del continente... De aquí salen los grandes ríos que vierten sus aguas en el Atlántico, en el Océano Indico y en el Mediterráneo... Resolviendo el misterio de estos ríos, del Congo, del Niger, y, sobre todo, resolviendo el misterio de las fuentes del Nilo, que ha apasionado a los geógrafos desde los días de Ptolomeo, se disiparán las nubes de ignorancia y miedo... Dé usted al mundo buenos y seguros mapas de Africa y dejará de ser el continente negro... Entonces vendrán, y con los misioneros, doctores, colonos, operarios... que traerán la civilización, eliminarán a los negros, acabarán con la esclavitud, y dirán las palabras de hermandad a los

hombres de este continente, que en ningún momento de toda la historia han oído una sencilla sílaba de cariño, de amor o de hermandad...

—Debo confesarle, doctor Livingstone —dijo Stanley—, que no tenía yo una idea exacta de lo que era un misionero.

—Mucho se ha hablado de mí y de mi profesión, como usted mismo dijo al llegar aquí. Pero yo creo que se puede servir a Dios fielmente sin perder por ello la propia personalidad... Y ahora permítame que le deje solo.. Es la hora de la escuela...

* * *

Stanley vivió en el poblado de Ujijí algunas semanas. África le envolvía en su encanto. Y el ejemplo del doctor Livingstone despertaba en su alma dormidos anhelos. Sus ojos habían cambiado de expresión. Su mirada se había tornado más profunda. Y sus labios sonreían ahora con una sonrisa lejana, enigmática, dulcísima, como si le brotara del alma, de un alma nueva que había nacido en él y a la que todavía no conociera bien ni siquiera él mismo.

En su diario de aquellos días había escrito:

"He convencido al doctor Livingstone para que me lleve consigo a visitar todo lo que él llama su feligresía. Indudablemente es la feligresía mayor del mundo, ya que comprende varios miles de kilómetros cuadrados... El doctor es un hombre admirable. No sólo se cuida moral y materialmente de los habitantes de estos poblados donde nos detenemos, sino que se interesa

mucho por la historia natural, clasificando la flora y la fauna que encontramos. Ayer vimos una nueva y maravillosa especie de pájaros a los que hemos puesto el nombre de Eva Kingsley, como recuerdo a la hija del viejo amigo del doctor. Además hemos hecho algunos viajes de exploración, dado su insistente deseo de llenar esos espacios blancos que existen en los mapas."

Pero aquellas semanas llegaban a su fin. Stanley tenía que volver a la civilización. Su periódico le esperaba. Le esperaban grandes cosas en su patria, y acaso fuera de ella también. La noche anterior a su partida charlaban, cuando ya la noche había cerrado por completo sus puertas al día, metidos en su tienda, Livingstone y Stanley, cuando el primero palideció y apoyó la frente sobre sus manos.

—¡Doctor!... ¿Qué le pasa? ¿Se siente mal?

—No es nada... un poco de fiebre... pasará... no se asuste...—murmuró el viejo doctor con voz muy débil.

—Jeff, pronto, ven, ayúdame, el doctor se ha puesto enfermo... traéme la quinina — ordenó Stanley a su hombre de confianza.

—¿Tiene usted quinina?

—Sí, sí, traje mucha conmigo, porque sabía que me haría falta.

—A mí se me acabó hace ya un año.

—No me había usted dicho nunca que tenía fiebre.

—Tuve el último ataque hace ya algunos meses... ¡Ah... pero ahora parece que la tengo metida en los huesos!

Stanley le obligó a acostarse, le tapó con todas las mantas y capotes que tenían y le friccionó para que entrara pronto en reacción, porque el temblor agitaba todos sus miembros y le producía una gran fatiga.

—Oiga usted, doctor... ¿Cuando se decide a abandonar África... se vendrá usted conmigo? —preguntó Stanley, que había cobrado una sincera amistad por aquel hombre admirable, que era más que un apóstol.

—No podría abandonar África... Si saliera de aquí no me dejarían volver... y ésta es mi vida... y mi

trabajo... y yo estaré aquí... hasta el fin...

Pasado el ataque de fiebre, regresaron a Ujijí. Livingstone era un hombre animoso y, a pesar de estar bajo los efectos de un ataque terrible de fiebre, planeaba ya su próxima expedición, sus nuevos descubrimientos.

Stanley daba gracias a Dios por haberle hecho conocer a un hombre tan grande y tan admirable. Le pasaba el tiempo tan rápidamente, que no se daba cuenta de que transcurrían las semanas, sin que tuviera el valor de poner fin a aquella estancia en África. Pero llegó el día en que tuvo que decidirse y todo Ujijí se reunió para celebrar una fiesta en su honor.

Livingstone les acompañó hasta el último término del poblado. A los dos se les hacía difícil separarse y ninguno de ellos se veía con fuerza para decir la palabra de despedida.

—Tengo unas cartas para usted... hay una para el señor Gordon Bennett —dijo el doctor, entregándole un pliego de cartas.

—Gracias, doctor... Estaba pensando ahora mismo en el gran artículo que escribiría yo si cuando el doctor Livingstone descubriera las fuentes del Nilo fuese con él la

expedición del "New York Herald".

—Imagino que lo que quiere usted decir es que le gustaría ir a Lualaba conmigo, ¿no es eso?—inquirió Livingstone, emocionado.

—Sí... y si me lo permite me quedaré para acompañarle. ¿Cuándo saldrá usted?

—Dentro de seis meses.

—Seis meses!—suspiró Stanley, como si aquella fecha fuera la eternidad.

—Sería inútil salir hasta que no haya cesado la estación de las lluvias... y además—añadió Livingstone sonriendo—, ese río lleva allá muchísimos siglos... ¡no se nos va a escapar por unas cuantas semanas!

—No... no... pero temo que si aún hay que esperar seis meses, para cuando regresemos, Bennet habrá enviado otra expedición a buscarme a mí.

—Puede usted ayudarme de todos modos... Usted ya sabe lo que yo quisiera hacer aquí... Cuando escriba usted su relato, hable un poco acerca de mí también... Lleve mi voz a los países civilizados. Diga que necesito asistencia, que necesito medicamentos, suministros y hasta geógrafos, si les es posible... Dígales cuánto trabajo hay aquí por hacer... ¿Lo hará así?

—Lo prometo, doctor.

—Esta vez sí que estoy seguro de que mi mensaje llegará a su destino.

—Siempre he temido que llegara el momento del adiós, de esta palabra tan triste... — dijo Stanley, siendo el primero en pronunciarla— pero ya hemos de separarnos... yo vuelvo a la civilización y usted... usted seguirá en su larga batalla contra peligros tremendos y dificultades insuperables. ¡Dichoso usted que no piensa más que en su deber y en sus sueños! Le sostienen su espíritu y su fe en Dios. Que El le ayude en la hermosa empresa que quiere realizar...

—Mis guías les llevarán a ustedes hasta Uyamyamba, desde allí sigan el curso del río, marchando con las montañas a la izquierda... tras la ruta de las caravanas... y tardarán en llegar a Zanzíbar cinco veces menos que lo que tardaron en venir... Cuento con usted, hijo mío...

—Haré lo que pueda, doctor, se lo prometo.

Se estrecharon fuertemente la mano, tan emocionados los dos que no encontraban palabras que decirse.

Stanley se alejó unos pasos, pero volvió sobre ellos y murmuró, en-

tregando al doctor aquel espejo que Bongo le quiso robar el día en que llegó al poblado:

—Se me olvidaba, doctor... déle esto a Bongo... creo que le gustará...

—Gracias, gracias... estoy seguro de que le quedará muy reconocido...

Stanley se alejó al frente de su caravana, y el doctor Livingstone quedó allí, en su tierra, en el cora-

zón amado de aquel continente desconocido de los hombres y al que él había entregado toda su vida.

Su silueta firme y fuerte, a pesar de sus años, se destacaba en la claridad del horizonte, y su brazo se agitaba en señal de despedida, como si dijera un adiós eterno a aquel que marchaba, que había prometido volver y que presentía no volvería a ver jamás...

Apoyado en la borda, Stanley miraba ávidamente hacia el muelle. El barco había atracado ya y los pasajeros comenzaban a bajar por la pasarela, pero él seguía mirando, mirando, como si no quisiera bajar hasta que sus ojos encontraran lo que estaba buscando.

Asaltaban los periodistas al intrépido explorador que, según se decía, había logrado encontrar a Livingstone, pero Stanley los apartaba de sí y los mandaba a Jeff Slocum, a su hombre de confianza, a su segundo yo, porque él acababa de descubrir, allá, entre la multitud, semioculta bajo la capota del coche, a Eva Kingsley que había ido a esperarle, como le prometió el día en que se despidieron en Zanzíbar.

Dejó la barandilla en la que estaba apoyado, se abrió paso entre la multitud, no entendió nada, o no quiso entender, de lo que los periodistas le preguntaban y corrió por la pasarela al encuentro de aquella

muchacha que había llevado siempre grabada en su corazón y que le había alentado en las penalidades sufridas a través del África enorme y misteriosa.

—¡Eva!.. —exclamó tendiéndole la mano. Pero, reaccionando, corrigió—: Usted perdón, quise decir señorita Kingsley...

—Perdón, amigo —murmuró Gareth, que estaba sentado junto a Eva, en el interior del coche—, mejor sería que dijera usted señora Tyce...

Stanley palideció, sonrió, miró a Eva y a Gareth con una mirada ausente, y no supo qué decir. El golpe había sido demasiado rudo y demasiado imprevisto.

Gareth, con su vivacidad acostumbrada, con aquella alegría que le daban su total restablecimiento y el haber conseguido la felicidad soñada, saltó del coche y estrechó la mano de Stanley:

—Le felicito. Lo que usted ha hecho ha sido maravilloso. Estaba

seguro de que usted conseguiría descubrir a Livingstone. Lo llevaba reflejado en sus ojos al partir. Tenía usted una confianza absoluta en su triunfo y por esto ha triunfado. Voy a ocuparme de su equipaje. Suba usted al coche y charle, entre tanto, con Eva. No hay que decir que se quedará usted con nosotros mientras esté en Londres. Hasta luego.

Corrió Gareth hasta la aduana, y Stanley se sentó al lado de Eva, contemplando aquella exquisita belleza que se había aumentado aún más al convertirse en señora de Tyce. Stanley callaba, conmovido por algo muy hondo que se agitaba en su interior y que no hubiera podido definir en aquel instante.

—Estoy muy contenta de volverle a ver —murmuró Eva.

Stanley pareció despertar de un sueño.

—También yo estoy muy contento... —murmuró. Y luego, como si recordara algo que hubiera querido olvidar, pero en lo que era forzoso pensar, añadió—: ¡Qué tonto soy! ¡Se me ha olvidado dar la enhorabuena a Gareth!

—Puede dármela a mí —sonrió Eva, tendiéndole la mano.

—Es verdad... Deseo que sean muy dichosos los dos —afirmó Stan-

ley con una profunda seriedad que emocionó a Eva.

—¿Estará usted mucho tiempo en Inglaterra? —preguntó la joven recién casada, para orientar la conversación hacia un terreno en el que Stanley se sintiera más seguro de sí.

—No. Sólo el necesario para arregla los asuntos del doctor Livingstone.

—¡Ah!.. Y lo dice así, sin dar importancia ninguna a su gran hazaña, como si lo que usted ha hecho no fuera algo impensado y maravilloso... Gareth y yo estábamos seguros que triunfaría.

—Alguien me ayudó —replicó Stanley, mirando dulcemente a las pupilas negras y luminosas de Eva.

—Hubo ocasiones en que tuve intención de volver, de abandonar mi loca empresa, pero había algo... algo que no sé explicar lo que era... algo que me impulsaba a seguir... Era una inspiración constante que no me abandonaba ni un momento.

Eva le escuchaba sin apartar de él sus ojos maravillados. Guardaron silencio un breve espacio de tiempo y luego, la joven señora de Tyce, murmuró, sin dejar de mirar al explorador:

—Ha cambiado usted mucho, Stanley... Llevo un rato preguntán-

dome a quién me recuerda usted... Ahora he descubierto a quien se janza.

parece... Al doctor Livingstone.

—¿Al doctor Livingstone? —inquirió Stanley, como si no comprendiera bien.

—Sí... Sus ojos tienen su misma mirada, aquella mirada profunda, lejana, misteriosa, del que lleva encendida en su alma una antorcha inextinguible de ideal casi sobrehumano.

—No, no... son cosas de su imaginación... Yo no he cambiado —afirmó Stanley, pero él era el primer convencido de que en su alma se había operado un cambio extraño, de que sentía algo que no acertaba a comprender, como si una fuerza que hubiera estado dormida en lo profundo de sus entrañas

despertara ahora en toda su pu-

Y era que sentía que una gran misión le había sido confiada, que ya no era el periodista despreocupado que va sólo a la caza de un buen reportaje para su periódico, sino que era el hombre al que otro hombre, un gran hombre, uno de los pocos héroes que de vez en cuando aparecen entre los humanos, le había confiado la sagrada misión de llevar su voz desde el corazón africano hasta los oídos de los hombres de ciencia y de poder de los países civilizados para despertarles y recabar su ayuda para aquella empresa colonizadora que un solo hombre, inspirado por Dios, estaba llevando a cabo en las intrincadas selvas del continente negro.

* * *

Fué el propio Gareth Tyce quien, llevado por la simpatía que sentía hacia el periodista americano, le introdujo en la Real Academia de Geografía de Londres.

—¿Se siente usted tranquilo en este santuario científico? —le preguntó, mientras cruzaban el amplio corredor que les condujo hasta la sala de sesiones.

Stanley sonrió levemente, sin contestar. Estaba tranquilo porque sabía que la verdad iba con él, que Dios le inspiraría por ser el portador de aquella verdad, y que lograría, contra toda la maldad humana, imponer la voluntad del doctor Livingstone, que le había comunicado a él un nuevo fuego que ya no habría de apagarse jamás.

Gareth le presentó a los más destacados miembros de la Real Academia. Le recibieron éstos con reserva. Aquel hombre que Gareth Tyce les presentaba decía haber encontrado al doctor Livingstone, pe-

ro, ¿quién les aseguraba que aquello fuera verdad?

—Permítame que le felicite por el triunfo increíble de su empresa —dijo uno de los sesudos miembros de la Academia, lanzando en voz alta aquella duda que a todos atosigaba.

—Puede ser que para ustedes resulte increíble —rectificó Gareth—, pero no pueden dudar de que ella se ha realizado.

—No les extrañe a ustedes que tengamos nuestras dudas... y si no aceptamos incondicionalmente el relato que el señor Stanley quiera hacernos de su famosa expedición, pero...

—Comprendo —interrumpió Gareth, que había tomado el partido de defender a su amigo, ya que él no despegaba los labios ante aquella manifiesta hostilidad de los hombres de ciencia—. Lo que ustedes quieren son pruebas... y el señor Stanley se las puede ofrecer abundantemente.

—¿Es verdad que tiene pruebas irrefutables? — preguntó en tono mordaz lord Tyce, que no perdonaba a Stanley el haber conseguido lo que no logró conseguir su propio hijo.

—Lord Tyce — saludó Stanley, sonriendo a aquel viejo zorro, al que había vencido desde el primer día en que se encontraron en la cubierta del buque, cruzando el Mar Rojo.

—Creo que he oido decir a mi hijo que tiene usted pruebas de haber encontrado al doctor Livingstone... ¿o es que lo he entendido mal?

—Lo ha entendido usted perfectamente, lord Tyce; tengo pruebas irrefutables... El propio doctor Livingstone me encargó que le entregase esto, señor —replicó Stanley, entregando un grueso paquete de correspondencia, mapas, cuadernos de notas y todo cuanto Livingstone le había dado con el encargo de que lo presentara ante los sabios geógrafo para recabar de ellos la ayuda que necesitaba a fin de lle-

var a cabo su magnífica empresa de colonización.

—Pero esto es una aplastante masa de evidencia!...—exclamó uno de los doctores al ver tal cantidad de documentos.

Lord Tyce interrumpió con toda maldad:

—Si es que realmente provienen del doctor Livingstone...

—Por favor, padre, sé razonable —suplicó Gareth, que sufría con la hostilidad manifiesta de su padre hacia su amigo.

—Desde este momento me someto a la decisión de esta Real Academia—afirmó Stanley, que tenía la seguridad de su triunfo.

—Muy bien, señor Stanley, nombraremos una comisión que examine todos estos documentos y les diremos que presenten su informe en nuestra próxima reunión en Brighton.

—Gracias, señor—contestó Stanley, agradecido por aquella concesión que le daba las máximas probabilidades de triunfo.

* * *

El salón de sesiones de Brighton estaba repleto de ciencia. Se había reunido el pleno de Doctores. El tema que se iba a tratar y a discutir apasionaba todos los ánimos. Entre el público, sentados en primera fila, muy cerca del lugar donde Stanley, con Jeff, estaba en espera del veredicto de los técnicos, se encontraban los jóvenes esposos Tyce y el señor Kingsley. Un nervosismo apenas dominado conmovía a todo el auditorio. Sólo Stanley se mostraba en la más perfecta calma y es que era él el único que conocía la verdad de todo cuanto se iba a debatir, aquella verdad que sus ojos habían visto, aquella verdad que le había transmitido el doctor Livingstone y que ni con toda la maldad humana lograrían apagar en su corazón.

Crauston, uno de los técnicos a quienes se había confiado el trabajo de comprobar si eran auténticos todos los documentos aportados por Stanley, puesto en pie ante la mesa

sobre la que tenía desplegados mapas y cuadernos, decía:

—Señores, aquí tengo una de esas cartas que el doctor Livingstone parece ser entregó al señor Stanley, y aquí tengo otra que me consta fué personalmente escrita por Livingstone hace quince años, cuando estaba en Inglaterra. Las he confrontado cuidadosamente... y para hablar con toda lealtad, he aquí mi conclusión: no han sido escritas por la misma mano.

—¿Asegura usted, señor Crauston, que la letra presenta muchas diferencias? — insistió lord Tyce, que era el más empeñado en derrotar a Stanley en aquel debate.

—Sí, ésta es mi afirmación. La carta que presenta Stanley es falsa.

—Pero no es posible que la mano temblorosa de un hombre atacado de fiebre pueda producir diferentes caracteres escritos que la del mismo hombre joven y sano, como era el doctor Livingstone hace quince años? — sugirió Gareth, a

quien la discusión comenzaba a enervar porque veía la manifiesta intención de su padre de hundir a su amigo.

El presidente tomó la palabra, dando por buenas las explicaciones de lord Crauston:

—Ahora que ya hemos visto que la carta es falsa, pasemos, caballeros, a examinar los mapas que, según dice el señor Stanley, fueron dibujados por el doctor Livingstone. Han sido cuidadosamente examinados por el experto cartógrafo sir Helcom... Sir Helcom tiene la palabra.

Sir Helcom se puso en pie, tosió un poco, y con voz insinuante, dijo muy alto para que todos pudieran escuchar bien su opinión:

—Como no hay otros mapas de esas inexplicables regiones con que poderlos comparar... naturalmente, no acepto su autenticidad...

—Señor presidente—interrumpió el viejo Kingsley, en uno de sus destellos de lucidez, mucho más frecuentes desde que vivía tranquilamente en Inglaterra, y que de antemano tenía tomado su partido a favor de Stanley—. Señor presidente... siguiendo las razones que expone el señor Helcom... no hubiera sido posible aceptar los mapas que presentó Cristóbal Colón...

Una risa general acogió aquellas

palabras, y sir Helcom se mordió los labios para dominar su rabia.

Lord Tyce se levantó y tomó la palabra para poner más de relieve la falsedad de aquellos mapas:

—¿No es cierto, señor Helcom, que esos mapas hubieran podido ser dibujados igualmente por un niño que no hubiese salido nunca de Londres? ¿No diría usted que los ríos y montañas tan generosamente indicados en esos mapas, no han existido nunca, más que en la imaginación del señor Stanley?

—No... no... yo no quiero asegurar que sean únicamente producto de una imaginación calenturienta—murmuró sir Helcom ante tan aplastante acusación—. Pero hay un punto de verdad o de error que nos hace dudar de la veracidad de estas cartas geográficas... Aquí hay un río llamado el Lualabá, que se indica fluyendo hacia el Norte y que se da como verdadera fuente del Nilo... Y además, caballeros, se indica también que su elevación es de dos mil pies sobre el nivel del mar... ¡Dos mil pies!... Como todos sabemos, nuestro eminente colega, sir Humpton, midió la altitud del Nilo por Gondoroko y la estableció en dos mil ciento sesenta y nueve pies... por tanto, si admitiésemos como buenos estos mapas tendríamos que admitir también que el

agua puede hacer un recorrido de obligado a acallar con repetidos toques de campana.

La argumentación era irrefutable y fué acogida con grandes risas de burla hacia Stanley, que escuchaba impasible, reconcentrando, con el rostro hermético, aquella discusión de la que únicamente él mismo podía reírse, porque era el único que poseía la autenticidad de todos los hechos. Sin embargo, cuando las risas se hubieron acallado, dijo sin alterarse, con toda la tranquilidad que le daba su absoluta seguridad en sí mismo:

—El doctor Livingstone indica que el Lualabá es una posible fuente del Nilo; no la da por segura... También dijo que era posible que no fuera la fuente del Nilo, sino la del Congo...

—En cuanto a esto, señor Stanley — interrumpió sir Helcom—, quien tenga los más elementales conocimientos geográficos le dirá que el Congo no va hacia el Norte.

—Señor presidente — de nuevo era Tyce quien hacía uso de la palabra—. Resumiendo el debate, ¿no será mejor decir que puede ser que el señor Stanley no haya descubierto al doctor Livingstone... pero que el doctor Livingstone ha descubierto a Stanley?

Hubo murmullos, risas, gritos, escándalo, que el presidente se vió

obligado a acallar con repetidos toques de campana.

—Yo creo que está bien claro, incluso para los más torpes—siguió diciendo lord Tyce, enardecido al ver el efecto que producían en la asamblea sus palabras—, que el señor Stanley tenía por objeto hacer de esta honorable junta la víctima de un colossal fraude... Yo tuve ocasión de pasar algún tiempo con el señor Stanley en Zanzíbar, cuando fui a buscar a mi hijo que había enfermado al ir frente a la expedición que buscó de buena fe al doctor Livingstone... Cuando le dije al señor Stanley que el doctor Livingstone había muerto, se negó a creerme... ¿Por qué? ¿Por qué, pregunto yo?

—Porque no era cierto — afirmó Stanley, levantándose en un arranque de vehemencia, que no logró dominar, y conteniendo a duras penas a Jeff, que pugnaba por saltarle al cuello al vengativo lord Tyce.

—¿No diría usted mejor que era que “El Globo” había arrebatado un magnífico asunto al “New York Herald”?... ¿O quizás sería porque había hecho un viaje de cientos de millas en busca de una información que así se le escapaba?... Caballeros: es para esos embusteros públicos un método tan antiguo como sus propios periódicos... Si no en-

cuentran una información... dicen ellos que toman el lápiz y el papel y se la inventan... Tengo aquí delante de mí un ejemplar del "New York Herald"... Contando con vuestra indulgencia voy a leer unas frases de un editorial que aparece en él: "Y yo tengo intención de continuar creando noticias, mientras mis competidores esperan tranquilamente a que ocurran..." Este editorial, caballeros, está firmado por el señor James Gordon Bennet, propietario del "New York Herald" y jefe del señor Stanley... ¿Está todo comprendido? Creo que no hace falta más.

Cuando se hubieron apaciguado los murmullos, las risas, las protestas, las exclamaciones que despertara en el público la lectura de aquella frase de Bennet, el presidente preguntó:

—¿Tiene algo que alegar el señor Stanley antes que esta asamblea decida sobre su informe?

Stanley se encogió de hombros con indiferencia. Aquello no era un debate científico, sino simplemente la acusación de un periodista celoso. No podía interesarle a él, a él que venía del interior del Africa, que había visto un mundo totalmente nuevo y desconocido y en medio de él a aquel gran apóstol de la ciencia y de la fe, que se llamaba

Livingstone, toda aquella miseria humana contra la que chocaba, pero que no podría nunca, ¡oh, nunca! torcer la rectitud de su alma y de su conciencia.

—Conteste como se merecen...— le aconsejó en voz baja Gareth Tyce, que estaba tras él.

Y Eva, hablándole también al oído, le incitó:

—Hágalo, por favor.

Aquella súplica fué la que le decidió. No hubiera contestado si los labios de Eva no hubieran pronunciado aquellas palabras. Pero era ella quien le pedía que se defendiera, ella se lo susurraba al oído y, por otra parte, el doctor Livingstone se lo susurraba en el corazón. Se puso en pie, dominó a todos con su mirada honda, penetrante, serena, llena de una luz interior que le iluminaba, y comenzó diciendo:

—Señor presidente... y creo que debiera decir señores del Jurado... ya que han convertido una reunión científica en un juicio por falsedad, engaño y fraude... Desgraciadamente, caballeros, al dudar ustedes de mi veracidad, anulan al mismo tiempo los descubrimientos llevados a cabo por el doctor Livingstone, y así condenan a un gran hombre al que esta honorable asamblea parece dispuesta a borrar con su voto, aun cuando él sigue

allí, cumpliendo la magnífica tarea que se ha impuesto, solo y con fiebres... y a pesar de ello, más adelanta él en un solo día, que lo que ustedes podrán hacer jamás... Ustedes, arcaicos geógrafos, que sólo han explorado alguna vez... pedazos de puding... Me doy cuenta de que esta sala está cargada de prejuicios... y de que aquí, mi voz se pierde como en el desierto... Pero faltaría a una palabra dada, si no hablo con claridad, aunque sólo quieran oírme estos muros... estos muros y algunos amigos fieles, que creen en la verdad que he venido a traer... Caballeros, yo no creo que es excesivo el pedir un poco de interés, tolerancia y buena voluntad para mi amigo y compatriota...

Hubo un momento de suspensión al escuchar aquellas palabras... ¿No decían que Stanley era americano? ¿Por qué hablaba de un compatriota, si Livingstone era inglés? Stanley esperó un momento para que sus palabras tuvieran más fuerza en aquellos ánimos que le eran deliberadamente hostiles, y siguió hablando:

—Sí... compatriota... Yo nací en Londres... y fuí a la escuela... pero no a Eton ni a Harrow... sino a las de San José para niños pobres... Todo lo que conocí de Inglaterra fué la pobreza y la brutalidad de

los talleres... Crecí sin alegría, y mi juventud me abrasaba el espíritu... Nunca los hombres me dieron cosa alguna... Todo me lo tuve que ganar con mi esfuerzo, luchando a brazo partido con la malquerencia y la perversidad humana... Y hace un año —(su voz temblaba levemente al recuerdo del amigo)— hace un año, en el corazón del Africa, hubo un hombre que me devolvió la fe en Inglaterra que yo, de niño, aprendí a odiar... Y ahora, ustedes, caballeros, han destruído esa fe que él puso en mí... Y de igual modo quieren destruir toda la incommensurable labor de ese gran hombre, el mejor que conozco, de ese apóstol que tanto bien está haciendo en aquellas tierras ignotas... El doctor Livingstone está aún allí, está agotado y es viejo, necesita vuestra ayuda para poder continuar el gran trabajo que realiza... El trabajo que ha indicado, aunque no lo haya hecho con exactitud, en esos mapas que tenéis en vuestras manos... Rechazad esos mapas, no prestéis ayuda a ese hombre... ¡y le destruiréis! Rechazad esos mapas y cerraréis el Africa para las necesidades del mundo... Rechazad esos mapas y negaréis toda la obra de un gran geógrafo... de uno de los mejores hombres de nuestro tiempo...

Calló un momento. Ninguna voz

había interrumpido sus palabras. Le habían escuchado en un silencio recogido y estático, como si sus palabras hubieran hallado el camino de aquellos corazones fríos y calculadores.

—Caballeros —añadió, cambiando de tono—. Ahora decidiréis... Meditad vuestro voto... Estoy seguro que el doctor Livingstone también os habría dicho... “en vosotros está todo”.

—¡Oh... ha sido magnífico! —suspiró Eva, cruzando las manos sobre el pecho, como si rezara.

Pero lord Tyce no quería darse por vencido. Tomó la palabra para seguir acusando:

—Bonitas frases las que acaba de pronunciar el señor Stanley, señor presidente, pero hasta ahora no nos ha dado ninguna prueba...

—Yo propongo que esta Asamblea llegue a una decisión poniendo a votación los informes del señor Stanley —dijo otro de los miembros de la asamblea.

Hubo voces de aprobación y aquiescencia, y el presidente aceptó la proposición:

—Señores... todos los que den como bueno el informe del señor Stanley, que hagan el favor de levantarse.

Stanley vió con amargura que sólo una minoría muy marcada se po-

nía en pie, y sonrió tristemente al ver que se levantaban en masa cuando el presidente rogó que se pusieran en pie los que no aceptaban el informe del señor Stanley.

—Caballeros... el veredicto está claro —dijo la voz del presidente—. La opinión de esta Asamblea es que se rechace el informe del señor Stanley...

Stanley se puso en pie y, sin saludar, sin añadir palabra, con la decepción clavada en su alma, salió del salón de sesiones, seguido por Jeff, que sufrió tanto como él.

Pero antes de que hubieran alcanzado la puerta de la calle, un mensajero llegado de Londres había entregado al presidente de la asamblea unos documentos y éste, después de haberlos ojeado rápidamente, volvía a reunir la asamblea.

—Vuelven a reunir la asamblea... —murmuró Jeff con alegría—. Algo ha pasado... volvamos al salón de sesiones...

—¿Para qué...? —replicó Stanley con profundo desaliento.

Pero Jeff le convenció y volvieron sobre sus pasos. Al entrar en el salón de sesiones el presidente decía:

—Acabo de recibir una comunicación de Londres que por tratarse de un asunto de la mayor impor-

tancia voy a leerla sin comentarios. Es de Lord Belhampton y está dirigida a mí...

Desplegó el papel y leyó en medio del más profundo silencio:

“Lord: Este mensaje acabamos de recibir de Zanzíbar.. El cadáver del doctor Livingstone ha sido traído a la costa por negros del interior... El doctor Livingstone falleció hace unos meses, durante un viaje al río Lualabá.”

En la sala hubo prolongados murmullos que interrumpieron al presidente. Cuando se restableció el silencio éste continuó:

—Un momento, caballeros... la carta continúa... Los portadores entregaron también al cónsul inglés en Zanzíbar el adjunto mensaje escrito por el doctor Livingstone, y en el que el doctor menciona a Sir Henry M. Stanley... El referido mensaje, que contiene los últimos deseos del doctor Livingstone, está dirigido al señor Stanley... Dice así:

“No puedo continuar... deseo que mi corazón se entierre aquí, en esta tierra que tanto amé, donde se quedan mis sueños... Hijo mío... la antorcha cae de mis manos... ven tú a recogerla...”

Los ojos de Stanley tenían un brillo peculiar: el de las lágrimas. Livingstone había muerto y venía

en el momento oportuno a rehabilitar su honor. Venía, también, a trazarle la ruta que había de seguir en su vida... Le ofrecía la antorcha que había caído de sus manos... y él no podía negarse a ir a recogerla...

Después de pasado el primer pasmo producido en la asamblea por aquellas palabras pronunciadas por el presidente y que habían causado una honda sensación, lord Tyce tomó la palabra:

—Señor presidente... Tengo a mucho honor el proponer que se revoque el veredicto dado anteriormente por la asamblea... y que le sea aceptado al señor Stanley su informe... Y que al propio tiempo se le presenten nuestras humildes excusas por nuestra estulticia y por la forma en que ha sido tratado... De todo lo cual, señor Stanley, me confieso el principal promotor... por lo que quiero ser el primero en presentarle mis excusas...

—¡Bien!... ¡Bravo!... ¡Bravo!... gritaron todos, unánimemente, entusiasmados por la idea de Tyce y por poder, al fin, demostrar el entusiasmo que les producía la gesta heroica de aquel hombre que no había defendido ni un solo momento su propia reputación, sino que se había limitado a exponer clara

y terminantemente la obra realizada por el gran misionero que había caído allá, en las intrincadas selvas africanas, víctima de la misión que se había impuesto para hacer un bien a la humanidad.

Stanley agradeció aquella reparación más por el amigo desaparecido que por él mismo, y estrechó la mano de lord Tyce como representante genuino de las excusas que le presentaba la asamblea.

* * *

Unas semanas después, el joven matrimonio Tyce acompañaba al muelle a Henry M. Stanley que partía de Londres después de una larga estancia junto a ellos.

Gareth ayudó a Jeff a trasladar al camarote todo el equipaje de los viajeros, mientras Stanley se quedaba junto a Eva para aprovechar hasta el último instante el placer de verla y de escuchar sus palabras.

Un muchacho pasó llamando a voces el nombre de Stanley.

—Soy yo... ¿qué ocurre?

—Un telegrama, señor — contestó el muchacho, entregándole el despacho telegráfico.

Stanley rompió el sobre y rió:

—Es de Bennet... el tercero que recibo hoy... No consigo convencerle de que no volveré a Nueva

York... Creo que tendré que darle su nombre a una montaña o a un río, para desagraviarle...

Las voces que venían del vapor anunciaron que pronto iba a levantarse la pasarela, y obligaban a los visitantes a bajar del buque.

Stanley miró a Eva Tyce que estaba sentada a su lado, en el coche que les había traído hasta el puerto, y le dijo con un poco de tristeza, con esa dolorosa tristeza que produce siempre una despedida:

—Debo irme a bordo... No sabría expresar lo agradable que ha sido para mí su compañía hasta este instante... ¡Adiós...!

—¡Adiós...!

Se dieron la mano y se quedaron mirando fijamente. Los ojos de Eva, hermosos y soñadores, estaban prendidos en las pupilas de Stan-

ley, en aquellas pupilas en las que estaba reflejada la luz de otros horizontes, la visión de otras tierras, el ansia de cosas maravillosas que habría de realizar al coger en sus manos la antorcha que había dejado Livingstone para seguir con ella la peligrosa carrera y lograr que nunca se apagara.

—¿Ve usted cómo yo tenía razón? — murmuró Eva, sin dejar de mirar a Stanley—. No, no fué mi imaginación la que me hizo recordar a Livingstone cuando regresó usted de África... Ya ve como ahora va a seguir sus pasos...

—Seguir sus pasos...! — suspiró Stanley—. No hay hombre capaz de seguirle... Yo sólo intentaré terminar su trabajo... También sé que no estaré solo en mi empresa...

Eva bajó los párpados, confirmando aquellas palabras. No, no estaría solo nunca, porque ella y su marido le acompañarían constantemente con su pensamiento.

—¡Adiós, Eva...! Y gracias por todo...

—¡Adiós, Henry...! ¡Dios te bendiga!...

Stanley iba a apearse del coche. Eva se inclinó levemente y le dió un beso de despedida, el beso casto y dulce de la amiga, de la hermana, de la madre que ve partir para una larga ausencia, acaso una ausencia que fina en la eternidad, al ser al que ama con ternura infinita.

Stanley se alejó sin volver la cabeza. Acaso aquellos ojos que le miraban le hubieran hecho olvidar su sagrada misión. Sólo cuando estuvo sobre cubierta miró hacia el coche y vió su manecita enguantada agitarse en el aire en señal de despedida.

Y fué aquella última visión la que acompañó en sus expediciones y en sus luchas por el interior del África a aquel héroe al que los siglos futuros rendirían homenaje como a su propio maestro el doctor Livingstone.

FIN

Títulos disponibles:

SERIE "TRIUNFO"

Barrios de Nueva York, por Jackie Cooper y Martin Sellman.

Amor inmortal, por Lillian Harvey y Louis Jouvet.

El canillita y la dama, por Rosita Moreno. **Redención**, por Warner Baxter y Wallace Beery.

Cuando me siento feliz, Noche de estreno y Cuatro revoltosas (Serie Trío).

El secreto de Chan, Charlie Chan en la pista, Charlie Chan en la Ópera (Serie Trío).

Mister Wong en el Barrio Chino, por Boris Karloff.

Precio: 2'00 ptas.

Miguel Strogoff, o El Correo del Zar, por A. Wohlbruck e Ivette Lebon.

Canción de cuna, por Dorotea Wieck.

El pequeñuelo, por Felipín y Lucien Baroux.

Carnet de baile, por Marie Bel, Harry Baur y Raimu.

El sueño de Butterfly, por María Cebotari y Fosco Giachetti.

Doctor Intruso, por George Sanders y M. Mac-Guire.

Corazón de niña, por Jane Withers.

La ruta sin fin, por Victor Francen y Marcella Chantal.

Suprema decisión, Edwige Feuillère. **Su nombre en los periódicos**, por Margaret Lockwood, Barry Barnes.

El séptimo cielo, por James Stewart y Simone Simon.

Adorable intrusa, por Judy Canova. **Eso que llaman amor**, por Annabella y Henry Fonda.

Una entre un millón, por Sonja Henie y Don Ameche.

Caminito de gloria, por Libertad Lamarque.

El caballero del antifaz, por Gino Cervi y Luisa Ferida.

La ley sagrada, por Micheline Presley y Marcelle Chantal.

Vuelta al ayer, por Clive Brook y Anna Lee.

La vida de Carlos Gardel, por Hugo del Carril.

Por otro querer, por Bárbara Stanwyck y Herbert Marshall.

Luz en las tinieblas, por Alida Valli y Fosco Giachetti.

Melodías eternas, por Gino Cervi y Conchita Montenegro.

Historia de una noche, por Sabina Olmos y Santiago Arrieta.

Lydia, por Mérle Oberon. **Chicago**, por Tyrone Power y Alice Faye.

Renace la ilusión, por Emma Grammatica e Isa Pola.

El joven Edison, por Mickey Rooney.

Precio: 2'50 ptas.

SERIE "PRODUCCIÓN ESPAÑOLA"

Sor Angélica, por Lina Yegros. **La hermana San Sulpicio**, por Imperio Argentina.

Nobleza Baturra, por Imperio Argentina. **La Dolorosa**, por Agustín Godoy.

La hija de Juan Simón, por Pilar Muñoz y Carmen Amaya.

Bajo dos banderas, por Claudette Colbert y Ronald Colman.

El negro que tenía el alma blanca, por Marino Barreto y Antoñita Colomé.

El cura de aldea, por Mary del Carmen y Juan de Orduña.

Morena Clara, por Imperio Argentina. **La Dolores**, por Conchita Piquer.

Santa Rogelia, por Rafael Rivelles, Juan de Landa y Mimí Muñoz.

El 13.000, por Josita Hernán y Rafael Durán.

Polizón a bordo, por Lina Yegros. **Escuadrilla**, por Alfredo Mayo.

Alma de Dios, por Amparito Rivelles. **Su hermano y él**, por Antonio Vico y Enrique Guitart.

Tosca, por Imperio Argentina. **Sarasate**, por Alfredo Mayo.

Pimentilla, por Josita Hernán y Rafael Durán.

La doncella de la Duquesa, por Carmen Gracia y Luis Peña.

Unos pasos de mujer, por Lina Yegros y F. Fernández de Córdoba.

Los millones de Polichinela, por Marta Santaolalla, Manuel Luna y Luis Peña.

Torbellino, por Estrellita Castro. **Su Excelencia el Mayordomo**, por María José Simó, Luis Prendes, Michel.

Legión de héroes, por Emilio Sandoval, Matilde Nacher y Rosita Alba.

Porque te vi llorar, por Pastora Peña y Luis Peña.

Flora y Mariana, por Blanca de Silos y Pastora Peña.

La blanca paloma, por Juanita Reina y Tony D'Algí.

48 horas, por Ana Mariscal y Enrique Guitart.

Siempre mujeres, por Ana Mariscal y Enrique Guitart.

Se ha perdido un cadáver, por Roberto Font.

La niña está loca, por Josita Hernán e Ismael Merlo.

Mi vida en tus manos, por Isabel de Pomés y Julio Peña.

Deliciosamente tontos, por Amparito Rivelles y Alfredo Mayo.

Un caballero famoso, por Amparito Rivelles y Alfredo Mayo.

Campeones, por Luchy Soto, Carlos Muñoz, etc.

El hombre de los muñecos, por Freyre de Andrade

Argel, por Charles Boyer y Hedy Lamar

Precio: 2'50 ptas.

Varios en existencia:

Cancionero Regional, 250 canciones regionales de gran éxito. 16 fotografías.

Cancionero al día, 100 canciones modernas. 32 fotografías y biografías.

Cancionero de hoy, 120 canciones y 33 fotografías y biografías.

Cancionero de los éxitos, 150 canciones de gran éxito. Jazz-Hot, Argentinas, Mexicanas, Cubanás. «Yola», «La Cenicienta del Palacio».

Cancionero del momento, 128 canciones de Jazz, Hot y Melodías, 25 fotos exclusivas.

Cancionero Tropical, 129 canciones. Los éxitos de todas las películas sudamericanas, de Repertorio «Música del Sur», Ediciones Hispania, Armónico y Música Moderna. 8 fotografías.

Cancionero Flamenco, Repertorio, autores e intérpretes del día. 34 fotografías.

Cancionero de actualidad, Repertorio modernísimo. Los mejores intérpretes. Los éxitos más resonantes. «Si Fausto fuere Faustina», «Rumbo a pique», «Una

rubia peligrosa», «Luces de Viena». Con 22 fotografías.

Cancionero «Penas y Alegrías, La creación máxima de Juanito Valderrama.

Precio: 2'50 ptas.

Cancionero Roberto Font. Las canciones máximas de este gran artista. Biografía. Anécdotas. Sus mejores chistes. Fotos exclusivas.

Precio: 3'00 ptas.

Emociones cinematográficas de un figurante (la vida de los «extras» en los estudios; alegrías y sinsabores de los «extras»; los secretos del cine). 3'00 pesetas.

Ráfagas de humor, por Fidelio Trimalción, 5'00 ptas. (Lectura hilarante. Optimista. Agradable).

Recortes de Prensa, por Antonio Losada, 2'50 ptas. Los hechos mundiales más notables al día.

El hijo de Madame Butterfly, comedia de Enrique Casanova y Francisco-Mario-Bistagne.

Precio: 2'50 ptas.

EDICIONES BISTAGNE

publica siempre
los mejores asuntos
cinematográficos

EDICIONES BISTAGNE



Cubierta, Imp. M. PELLICER
Muntaner, 111-Teléfono 76132